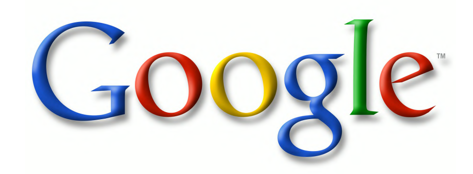


Al Sr. Dn. Carlos Fedco. Bradford.
De su afectuoso Amigo
Guillmo. Picard
Cádiz
Octbre. 7 de 1869.

POESIAS

DE

ANTONIO FERNANDEZ GRILO.

CÓRDOBA.—1869.

IMPRENTA DEL DIARIO DE CORDOBA,
San Fernando, 34.

POESIAS.

POESIAS

DE

ANTONIO FERNANDEZ GRILO.

CÓRDOBA.—1869.

IMPRENTA DEL DIARIO DE CORDOBA,
San Fernando, 34.

AL MUY ILUSTRE SEÑOR

DON RICARDO MARTEL FERNANDEZ DE CORDOBA,

CONDE DE TORRES-CABRERA Y DEL MENADO ALTO.

Sr. Conde:

La mayor parte de los lectores de mi primer ensayo poético, esclamarán al ver la coleccion entre sus manos: «Este es el libro de Grilo.» No se equivocan ciertamente; pero mas razon tendrian acaso los que conociendo la historia de la aparicion de mis poesías, esclamasen así: «Este es el libro del Conde de Torres-Cabrera.»

Sin el estímulo de V., Sr. Conde, sin los hermosos horizontes que abrió á mi naciente fantasía en las inolvidables fiestas literarias que se celebraban en los jardines de su palacio; en esos jardines cuyos árboles repiten los ecos de tantas liras y los nombres de tantos poetas; sin la benevolencia con que recibió mis primeros versos, alentándome mas tarde á escribir otros muchos, ¿quién sabe si de mi tímido laud hubieran brotado nuevas composiciones? Sin la mano generosa de V., sin el deseo de enlazar las modestas flores de mi pobre ingenio en la poética guirnalda de la coleccion que hoy sale á luz, indudablemente este libro no existiria.

La revolucion de Setiembre acababa de estallar. Mi lira no suena bien entre el hervidero de la sangre y el estampido del cañon. Ajeno desde mis primeros años á toda clase de matices políticos, ni me deslumbra el triunfo de los vencedores, ni me aturde el ruido de sus victorias. Ante la explosion revolucionaria mi musa plegó sus alas bajo las bóvedas de los claustros desiertos, y lloró con las vírgenes cristianas, con las abatidas esclavas de la Cruz, que abandonaban para siempre sus silenciosas celdas. Publiqué *El Adios al Convento,* y V., Sr. Conde, dejándose llevar por los nobles impulsos de su entusiasta corazon, me dirigió la siguiente carta, que me atrevo á publicar, no por lo que dice en favor mio, puesto que el público al leer este libro comprenderá que todo es benevolencia de quien tanto me honra, sino por lo alto que habla en favor de V. y lo mucho que revela sus espontáneos y generosos sentimientos. Dice así:

«*Sr. D. Antonio F. Grilo:* Mi querido amigo: he leido en *El Diario de Córdoba* de hoy, su oda *La Monja.* La juzgo magnífica, y no puedo resistir al deseo de decírselo. Reciba V. un millon de enhorabuenas. Quien á su edad de V. así escribe y siente, puede llegar á ser honra del pueblo en que nació. Nada tengo para ofrecer á V. y alentarlo. Los dones de la fortuna valen muy poco para premiar los dones del génio; pero dispénseme V. si me atrevo á suplicarle que me envie todas sus composiciones poéticas, para

que salgan á luz coleccionadas en un libro que yo mandaré imprimir inmediatamente. Soy suyo verdadero amigo S. S. Q. B. S. M., *El Conde de Torres-Cabrera.*»

Despues de haber recibido esta carta, que conservaré toda mi vida, le he visto á V. muchas veces, Sr. Conde, al lado de la angelical esposa, de la ilustre dama, de la feliz Condesa, cuyas gracias alborean en todo su esplendor, al borde de la cuna de Fernanda, peregrina heredera de tantas virtudes. En aquella cuna y en aquella encantadora muger, tiene V. cifrado todo su mundo. En medio de aquellos séres adorables no se respira mas que el aire de la ventura. En aquella morada suntuosa, una flor, un rayo de luz, un pájaro, el adorno mas frívolo, tiene la dulce mision de embellecer y de agradar. Allí la dicha asoma por todas partes, y sin embargo, me he convencido de que no quiere V. la felicidad para sí; no se contenta con disfrutarla, sino que la traslada á todos los que le rodean.

Mis lectores conocen ya la carta, orígen de este libro. Comprenderán, por consiguiente, que despues de una carta así, esta dedicatoria no es esa introduccion oficial de sonoros adjetivos y estudiados períodos, que se estampa á la cabeza de una obra para engalanar con un nombre la primera página. Es un grito del corazon agradecido.

Respecto á mis poesías, tengo la seguridad de que

lo mismo hubieran sido olvidadas, perdidas en el laberinto de los periódicos, como se hallaban hasta aquí, que formando el agradable grupo de un volúmen, como aparecen hoy. Las flores mas sencillas del campo, como los no sazonados frutos de una pobre inteligencia, perfuman un dia el ambiente, y lo mismo se marchitan derramadas en confusion en el césped de las praderas, que colocadas ingeniosamente en la pintoresca combinacion de un bello ramillete.

Si por algo me envanece la aparicion de este libro, es porque aquí, en su primera hoja, en su primera página, puedo demostrar á V., Sr. Conde, con todas las veras de mi alma, mi profunda gratitud, y repetirle lo que ya le dije, en otra ocasion, en estos humildes versos:

No hay frase vigorosa ni sencilla;
Quién, ¡ay! la gratitud pinta en su canto!
Una lágrima escalda la megilla
Y no hay pincel para copiar el llanto.
Yo no tengo ni arpégios ni rumores,
Que ante vos el respeto me acobarda;
Si no láuros, y lágrimas y flores
Y un corazon que vuestro nombre guarda.

ANTONIO F. GRILO.

CARTA-PRÓLOGO

Mi amigo Grilo: He sabido, y no por los periódicos, que và V. à dar á luz su gallarda coleccion de poesías, y como yo conozco la mayor parte de ellas, y porque las conozco las admiro, no quiero ser el último en darle á V. la enhorabuena.

Creo que no ha elegido V. la mejor ocasion para decir por medio de un libro á los que no le conocen, que es V. un poeta, porque á pesar de todos los prodigios de la imprenta, el libro está en desuso.

Se escribe, se imprime y se lee mas rápidamente cualquier periódico; cosa bien natural, si V. advierte que el carácter distintivo de nuestra época es *estar de prisa*.

Tenemos demasiado en qué pensar para pensar

un libro, y demasiado que hacer para leerlo. Un periódico ya es otra cosa. Se escribe al trote, se imprime al galope, y se lee á escape.

Un libro, lo mismo para hacerlo que para leerlo, lo primero que nos pide es tiempo; y hé ahí precisamente lo que no podemos darle.

El dia tiene veinticuatro horas; ocho las debemos á nuestros negocios; otras ocho se las llevan, como un soplo, nuestros placeres, ¿y no hemos de dormir siquiera otras ocho?

Sin embargo, no le apure á V., amigo Grilo, tan triste consideracion, porque todavía quedan gentes entusiastas, que apartàndose á un lado del camino por donde corre desbordado el tumulto de nuestros dias, leen tranquilamente los libros que merecen ser leidos, buscando en ellos un placer honesto, una enseñanza útil, y el motivo de una admiracion justa.

Estas gentes leerán su libro de V. y sentiràn, leyéndolo, la agradable impresion de ese rico color y de esa viva armonía, que V. sabe dar á la forma de sus pensamientos. Leerán *El Mar*, *La Monja*, *El Aguila*, *El Siglo XIX*, y aprenderán cómo de esta bella lengua, por tantos modos ultrajada y envilecida, ha sacado la ardiente imaginacion de V. hermosos versos castellanos.

Sabrán que és V. un poeta, y se admirarán de que haya aun quien dedique su entendimiento á buscar consonantes, cuando todo el mundo ha dedicado su alma entera á buscar dinero.

Le diré à V. todo mi pensamiento en dos palabras:

Publicar un libro como el que V. và à dar á luz en estos tiempos, no es ciertamente un gran negocio; pero es una gran gloria.

Un tomo de poesías es un despilfarro de la imaginacion. Ser poeta, como V., es un lujo que cuesta muy caro.

Si hubiera V. consagrado las fuerzas de su ingenio à enriquecerse, seria V. ya banquero; pero las ha dedicado V. á hacer versos, y no es V. mas que un poeta.

De manera que ha cambiado V. toda la fortuna de un capitalista por la triste suerte de un verdadero poeta.

Ya vé V. si la cosa es cara.

Además, el banquero se hace á sí mismo, y al poeta solo Dios lo hace; de forma que ni aun le queda á V. la satisfaccion de deberse á sí mismo su talento, como el banquero se debe á si propio sus millones.

Esto van á saber todos los que lean su libro de

V. y tengan la costumbre de hundir la mirada en el fondo de las cosas.

Un poeta! Hé ahí una inteligencia robada á la industria, al comercio, á la política.

V. podia ser, como puede serlo cualquiera, banquero, millonario ó ministro. ¡Y se ha resignado V. á no ser mas que poeta; es decir, á ser pobre!!!

Esto me parece tan admirable como su libro.

Sabe V. que lo quiere de todo corazon y que lo admira siempre su buen amigo

JOSÉ SELGAS.

Madrid 10 de Julio de 1869.

A MI MADRE.

Dios, que en tu trono de estrellas
Omnipotente fulguras;
Iris que allá en las alturas
Trás las borrascas descuellas;
Gigante sol, que destellas
En el Edén Sacrosanto,
Inspira el modesto canto
Que de afan y amores lleno,
A quien me guardó en su seno
Por vez primera levanto.

No estrañes tú, madre mia,
Que para tí no haya sido
El primer canto nacido
En mi ardiente fantasia.

Yo entonces no comprendia
Lo que vales para mí;
Era niño... y no advertí
Allá en los paternos lares,
Que mis primeros cantares
Debieron ser para tí.

Mas hoy que tu dulce nombre
Me recuerda en mi cariño
Aquellos sueños de niño
Que llora despierto el hombre,
Ni te admire ni te asombre
Que del pléctro al blando son
Venga á pedirte perdon
Con lágrimas en mis ojos,
Y que á tus plantas de hinojos
Anhele tu bendicion.

La imágen pálida y fria
De la muerte desvelada
Por mi mente arrebatada
Rodó trémula y sombria;
Pensé en ella.... y en el dia
Que le entregue mi existencia;

Mas antes que la conciencia
Me arroje dardo punzante,
Deja que contigo cante
Los años de mi inocencia.

Si un arpa el cielo me dió,
Cante el arpa bendecida
A la que al darme la vida
Tanto la suya arriesgó;
Al ángel de quien bebió
Mi cariño la ternura;
A ese raudal de ventura
Que mis aflicciones calma;
A esa deliciosa palma
Que me da sombra segura.

Si de inocentes amores
Canté los impulsos vagos,
Y los dormidos halagos
De mis sueños seductores;
Si entre los bellos colores
De un mundo de fantasía
Canté «Al Aguila» que huia
Hácia el sol, de la luz padre,

¿Por qué á tí, que eres mi madre,
No te canté, madre mia?

Madre del alma, perdona
Si tan tarde te presento
Lo que engendra el sentimiento,
Lo que la verdad corona.
Sedienta el alma ambiciona
Beber la vida en tus brazos;
Ligarse á tí con los lazos
De regaladas caricias,
Y soñar puras delicias
Al calor de tus abrazos.

¡Para mí qué fuera el mundo
Sin tu sombra y sin tus besos!!
Sin los dulces embelesos
De tu cariño profundo!!
¡Qué fuera! dolor fecundo
En otros nuevos dolores;
Manantial de sinsabores
Y de padecer contino,
Largo y medroso camino
Sin luz, sin aire, sin flores.

Tú eres el ángel riente
Que solo el bien me procura;
Bajo tus alas murmura
De mi vida la corriente.
Tú eres la plácida fuente
Dó amores puros bebí;
En tus brazos me adormí
Lejos de falsas pasiones,
Y benditas oraciones
De tus lábios aprendí.

Madre, flor de rica esencia
Que Dios concederme quiso;
Puerto que feliz diviso
En el mar de mi existencia.
Nunca, nunca la conciencia
Por tí me grite ofendida;
Nunca dolorosa herida
Por mí tu pecho taladre,
Que al que le falta á una madre
Debe faltarle la vida.

EL MAR.

A MI QUERIDO AMIGO Y COMPAÑERO
EL ESCELENTE LITERATO
D. AGUSTIN GONZALEZ RUANO.

Nunca, nunca en la arena
Ni en los rotos peñascos altaneros
Que á tus olas les sirven de cadena,
Puse mi planta; nunca mis oidos
Los soberbios rumores escucharon
De tus roncos horrísonos bramidos;
Nunca del sol ardiente
Vi ocultarse la luz tras tus espumas
En la roja mansion del occidente;
Nunca los huracanes
Rompieron ante mí tus densas brumas,
Como rompen el monte los volcanes;
Nunca los ojos mios

Por tanta inmensidad se dilataron,
Ni tus salvajes cánticos bravíos
Los sueños de mi mente despertaron.
Tu magestad, tus rápidas corrientes,
Tus raudas olas que soberbias cantan,
Son grandes como el sol, como las frentes
De los génios que al cielo se levantan.
Y yo nunca te ví! Nunca estasiado
Contemplé tu magnífico oleage,
Ni por récias borrascas alterado
Te ví crecer con ímpetu salvaje!

Pero nó: que mi ardiente fantasía,
Cuando en las noches del silencio hermanas
Los campos del delirio recorria,
Te ha visto en sus ensueños levantarte
Preso en tus costas de peñascos llenas,
Y en revuelto vaivén precipitarte
En tu lecho de rocas y de arenas.

Génios de la creacion, dulces cantores,
A quien el mundo en su entusiasmo admira,
Ardientes trovadores
Que de laurel ceñísteis vuestra lira;

Vosotros, que teneis por pedestales
Los siglos que de gloria se cubrieron;
Vosotros, cuyos nombres inmortales
En la frente del mundo se esculpieron,
Decidme si algun dia
Ante el revuelto mar habeis cantado;
Detened mi soberbia fantasía;
Decidme si es verdad lo que he soñado!!

Era una noche en que lejano el viento
Ecos de tempestad ronco lanzaba;
Cuando el límpido azul del firmamento
De rayos y de nubes se poblaba;
Cuando el hirviente son de la tormenta
En los ántros recónditos se oia,
Y la luz del relámpago violenta
Con nuevo horror la oscuridad rompia;
Cuando rugiente el trueno se arrastraba
Por las esferas lóbregas rodando,
Y el huracan horrísono bramaba
Los árboles con ímpetu doblando,
Sobre una cumbre que en el denso velo
Del horizonte cárdeno se ostenta;
Donde descansa en su pujante vuelo

El águila gentil que sube al cielo
Y allá en las nubes las estrellas cuenta;
Allí donde se rompen trasparentes
Los hermosos cristales
De los sonoros límpidos torrentes;
Al pálido reflejo
De la luz que el relámpago vertiera,
Yo contemplaba el mar, jigante espejo
Dó mira el sol su ardiente cabellera.

Lo vi con el hermoso poderio
Que ronca la tormenta le prestaba;
Indómito, fantástico, sombrio,
Y grande como el mundo que abarcaba.
Yo contemplé su eterno movimiento,
Sus palpitantes ondas sacudidas
Por el empuje rápido del viento,
Y al borde del abismo estremecidas.
Yo contemplé su bárbara fiereza
Al magnífico son de sus cantares
Y canté su grandeza.....
¡Quién no sabe cantar ante los mares!!

Una voz de su seno se levanta,

Que dice por los aires resonando:
¡Aqui está Dios! quien á los mares canta,
La grandeza de Dios está cantando.
¡Yo la escuché! De admiracion un grito
Brotó en mi pecho y se elevó á la esfera;
Lo grande, lo soberbio, lo infinito,
Yo contemplaba por la vez primera.

Mas ya todo cambió: las pardas nubes
Flotantes en el éter se ocultaron,
Y dulces cual la voz de los querubes
Los céfiros acordes murmuraron.
Entónces á lo lejos
Vi despertar la regalada aurora,
Tiñendo con sus nítidos reflejos
La frente azul del mar que la enamora.
Vi espumas matizadas
Del iris con los célicos colores;
De perlas coronadas,
De esas brillantes perlas nacaradas
Que son del mar las virginales flores.
Las olas se estendian
Y á los besos del aura se rizaban;
Perezosas huian.....

Y de nuevo tornaban,
Y de nuevo tambien desparecian.

Como ligeras aves
Vi resbalar gallardas y atrevidas
Las voladoras naves
Sobre el hirviente piélago mecidas.
Y recordé los héroes de la historia,
Y en éstasis profundo
Bendije de Colon la eterna gloria!
No puede marchitarse la memoria
De aquel que al mundo regaló otro mundo.

Oh fantástico mar! tus aguas puras
Son la imágen bellísima del cielo;
Si ruje la borrasca en las alturas
Tambien desgarras tu apacible velo;
Mas si derrama el sol sus resplandores,
Tus ligeros cristales
Se visten de purísimos colores;
De tus ocultos bosques de corales
Se levantan suavísimos rumores.

Plegue á Dios que en el polvo de la tumba

No se sepulte mi cadáver frio
Sin que al éco del trueno que retumba
Contemple tu gigante poderio!
Adios ¡oh mar! el alma que te admira
Soñó tu inmensidad y absorta queda;
Plegue á Dios que del sueño la mentira
En dulce realidad tornarse pueda!

A CORDOBA.

AL DISTINGUIDO GENERAL, MI RESPETADO AMIGO

EL EXCMO. SEÑOR DON JOSÉ DE REINA.

¿En dónde está la reina de las flores?
¿Donde el edén que cantan los poetas?
¿La ciudad que dibujan peregrinas
De azul Guadalquivir olas de perlas?

¿Quién guarda los espléndidos jardines
Donde aun la voz enamorada suena
De cautiva muger, que con la Aurora
Lloró de amor sus inocentes quejas?

¿Dónde está de la hermosa Andalucia
La joya que los árabes recuerdan,
Postrados en el mar de sus desiertos,
Cunas de palmas, piélagos de arenas?

¿En dónde están las hijas del Oriente
De ojos de luz, de negras cabelleras,
De lábios de coral, frente de nacar,
Risas de amor, mejillas de azucenas?

¿En dónde están grabadas las historias,
Las orientales mágicas leyendas,
La tradicion que vive sepultada
Del roto muro en las hundidas piedras?

¿Qué céfiro repite en los jardines
Los ayes que murmura la arboleda,
Ayes que el trovador triste vertía
Del arpa blanda al registrar las cuerdas?

¿En donde están los pórticos dorados
De colosal y altiva fortaleza,
Y el mármol que en columnas desafia
Del raudo tiempo la veloz carrera?

¿Dónde crecen los árboles que guardan
De palabras de amor ricos poemas?
¿En dónde están las grutas de azahares
Que dieron sombra á las sultanas bellas?

¿En dónde están las fuentes que copiaron
La oscura faz de las esclavas negras,
Y los baños azules que bullian
En olas de suavísimas esencias?

Pátria del corazon, Córdoba mia,
Deja que el alma sin cesar se aduerma
En esos campos, de las rosas tronos,
En ese cielo, pabellon de estrellas.

Del Betis claro en el raudal sereno
El ala santa de tu Arcangel tiembla,
Y la columna que refleja el rio
Detiene el rayo y la borrasca enfrena.

Tú estiendes en los vastos horizontes
La imágen de tus torres altaneras,
Que suben poderosas y atrevidas
Del arte puro á la region soberbia.

Tú en las trémulas pálidas espumas
De las linfas del Bétis te reflejas,
Tú eres el sol que alumbra el Medio-dia
Y del mundo la eterna primavera.

Tú eres, pátria, la pátria de los génios,
La cuna de las artes y las ciencias,
El astro singular de la hermosura
Y el espejo de Dios sobre la tierra.

EN EL ALBUM

DE LA LINDA SEÑORITA DOÑA SOFÍA BISSO Y ZULUETA.

Blanca es la luz purísima y serena
Que al despertar el sol la aurora envía;
La virgen azucena
Es blanca como tú, bella Sofía.
Con lánguidos cantares
Arrullaron tu cuna
Los roncos écos de andaluces mares;
Mares que con estrépito gimieron
Azotando las playas españolas,
Y en tus ojos pusieron
Todo el azul de sus tranquilas olas.

Azules son los anchos horizontes,
Azules las neblinas de la tarde,

Azules son los lírios y los montes,
Azules las esferas y los lagos;
Azules los torrentes,
Azules son nuestros ensueños vagos;
Azul, niña, es el cielo
Que pinta el sol con sus colores rojos,
Azul es de los piélagos el velo
Y azules son tus celestiales ojos.

¿No has visto niña, despertar las flores
Al beso de las dulces mariposas,
Mensajeras de cándidos amores?
¿No has visto, niña, en campos de esmeralda
Y entre orillas de arena
Tender el rio su flotante espalda?
¿No viste entre la bruma
Del mar en los magníficos cristales
Copos de hirviente espuma
Bordados entre perlas y corales?
¿Viste del sol al pálido reflejo
Cuando despierta el dia...?
Pues mírate al espejo
Y verás mas bellezas todavia.

EL LUCERO DE LA TARDE.

Á MI QUERIDÍSIMO AMIGO MARIANO CABEZAS Y SARABIA.

Como una pálida virgen
Que cruza el mundo un instante;
Como uno de esos ensueños
Vagos, tímidos, fugaces,
Que perfuman y embellecen
Las noches de los amantes,
Asi tras de las montañas
Desaparece la tarde.
Crepúsculo, que indeciso
Cuelgas tus velos flotantes
En las elevadas cumbres,

En los escondidos valles,
Envuelve en tu bruma incierta,
En tus sombras impalpables
Las torres, y los castillos,
Las chozas y los alcázares,
Las llanuras y los montes,
Los campos y las ciudades,
Porque allá lejos, muy lejos,
Donde las nubes combaten,
Donde la naciente aurora
Sus ojos cándidos abre,
Y donde se prende el iris
Como guirnalda brillante,
Luce una perla divina,
Una luz blanca y suave,
Un sol de nieve, un lucero,
El lucero de la tarde.

. . . .

Permite, sol de la noche,
Que á ti mis ojos levante,
Que en tus tranquilos reflejos
Mi ardiente pupila bañe,
Y que el alma del poeta
Se atreva en soberbio arranque

A ti, que tan alto brillas,
Desde tan bajo á cantarte.

. . . .

¿Quién eres?—Tal vez la lágrima
Que el sol vierte al sepultarse;
Tal vez un grano de oro
Que el carro de Dios levante,
Cuando en la callada noche
La bóveda azul traspase.
Tal vez eres una joya,
Un riquísimo brillante
Desprendido en los espacios
De la guirnalda de un ángel.
Tal vez pálida azucena,
En cuyo nevado cáliz
Tiemblan pétalos de luz
Que en hilos de rayos caen.
Tú te meces en las nubes,
Te columpias en el aire,
Sobre los lagos vacilas
Y tiemblas entre los mares.
Tú traspasas de las olas
La masa azul y flotante,
Y del abismo penetras

Allá en el fondo insondable.
Allí iluminas el hueco
De las grutas de corales,
Y con tus rayos dibujas
Los rizos del oleaje.
Ya en la fuente te reclinas,
Ya te escondes en los árboles,
Ya en el arroyo rielas
Y duermes en el estanque.
Ya sorprendes, de una reja
Al fingirte en los cristales,
Reja que solo traspasan
Tu luz curiosa y el aire,
El enamorado beso
De dos despiertos amantes,
Que solo á tu luz confian
Sus almas impenetrables.
Ya su rumbo en el desierto
Señalas al caminante,
Ya sobre el blanco aduar
Velas el sueño del árabe.
Ya te ocultas fugitivo
De la niebla en los cendales;
Ya como perla de oro

Vuelves á salir triunfante,
En la concha de vapor
De una nube al disiparse.
Ya sobre las altas cumbres
Eres inmóvil diamante,
Faro de la inmensidad,
Lámpara de las Pirámides.
Allí de la catarata
Te filtras en los raudales
Que ruedan magestuosos
Entre peñascos gigantes,
Como cadenas de espuma,
Como líquidos collares
Atados á la garganta
De una roca formidable.
¡Bendita tu luz hermosa,
Melancólica y suave!
¡Creced, nieblas de la noche!
Poblad de sombras el valle,
Porque allá lejos, muy lejos,
Donde las nubes combaten,
Donde la naciente aurora
Sus cándidos ojos abre,
Y donde se prende el iris

LAS GOLONDRINAS.

Á MI QUERIDO HERMANO RAFAEL.

Ellas cruzan de los mares
El blanco cendal tendido;
Ellas levantan su nido
En nuestros dulces hogares.

Ellas rizan azuladas
Las diademas de su pluma,
Y rompen la densa bruma
En magníficas bandadas.

Ellas cantan cuando arde
El rojo sol en la tierra;
Ellas gimen cuando cierra
Sus blancos ojos la tarde.

Ellas adornan sus galas
Del alba al primer destello;
Tienen muy blanco su cuello,
Tienen muy negras las alas.

Ellas al morir la luz
Lloran con eco doliente;
Ellas besaron la frente
De Jesucristo en la Cruz.

Son las aves peregrinas
Que á Dios levantan el vuelo;
Son ¡ay! las aves del cielo,
Y se llaman golondrinas!

EL ADIOS AL CONVENTO. (1)

LA MONJA.

I.

Trás el doble cancel del templo oscuro
Donde de Dios las hijas se sepultan;
Tras el labrado y misterioso muro
Donde las siervas de la Cruz se ocultan,

Una mujer, cordera enamorada
De aquel santo redil que el templo esconde,
Pura como la brisa regalada
Que al blando acento de la mar responde,

(1) Esta composicion fué escrita con motivo de la traslacion de algunas comunidades de religiosas, en 1865.

En la profunda soledad gemia,
Y al ¡ay! doliente de su dulce boca
De sus ojos el sol llanto vertia
Entre la nube de la blanca toca.

Arrodillada sobre el mármol yerto,
Clava en la Virgen las miradas bellas,
Que atravesaban el cancel desierto
Cual la dudosa luz de dos estrellas.

¿Por qué lloraba así? ¿Por qué gemia
La azucena que el templo perfumaba,
Y en medio del silencio en que yacia
Lágrimas y suspiros devoraba?

Era el instante fúnebre y medroso
En que espiraba el sol, y fugitivas
Las luces del crepúsculo dudoso
Trepaban por las lóbregas ojivas,

La temblorosa lámpara que arde
De la cóncava bóveda pendia,
Como el primer lucero de la tarde
Que al frente del altar se detenia.

Esclava del Señor, vírgen que lloras,
Oveja santa del redil divino,
Del cláustro entre las bóvedas sonoras
Tus ocultos pesares adivino.

Hondo quebranto tu semblante abruma,
Perlas derraman tus tranquilos ojos,
Y de la iglesia al céfiro perfuma
El blando aliento de tus lábios rojos.

Comprendo de tu pecho los latidos;
Comprendo, vírgen, tus sollozos puros;
El mundo, indiferente á tus gemidos,
Vendrá mañana á traspasar tus muros.

Mañana, el valladar que te guardaba
No será la gigante fortaleza
Donde la pompa terrenal acaba
Y la jornada del martirio empieza.

Sí, que aunque vives ignorada y sola
En ese oculto y escogido puerto,
Como en el campo tímida amapola,
Como la palma en medio del desierto;

Aunque de Dios en el jardin sagrado
Te aduermes, te embelesas y te inspiras;
Aunque está por el cielo perfumado
El apacible viento que respiras;

Aunque en calma segura te contemplo
Del hondo claustro tras la verja densa
Rezar bajo la bóveda del templo
Donde el alma se abisma y se condensa;

Aunque la guerra con feróz bramido
No asalte de tu celda los umbrales,
Tambien llega esta vez hasta tu oido
La voz de las tormentas mundanales.

II.

Mas si implacable la borrasca fiera
Por tu santo vergel ronca se extiende,
Oye el rumor de la creacion entera
Que tu bendita libertad defiende.

Sí, que bosques y prados y llanuras,
Dilatadas laderas y colinas.

Escondido solar, selvas oscuras,
Abandonados campos y ruinas,

Grutas, riberas, gigantescos montes,
Donde la niebla entretejió su velo,
Bordando los azules horizontes,
Gritan, su frente levantando al cielo:

«Ocupad nuestros cárdenos escombros,
Y al arte bello nuestras rocas fieles,
Sostendrán colosales en sus hombros
Alcázares, palacios y cuarteles;

Mas no llegueis hasta el hogar sellado,
La casa del Señor, el dulce puerto,
Para el bullicio mundanal cerrado,
Para la calma y la virtud abierto.

No destruyais el huerto misterioso
Que el santo aroma del Eden exhala,
No sorprendais el sueño candoroso
Donde la imágen del Señor resbala.

La piedra que pongais en el camino

A las dolientes mártires del suelo,
Tal vez, agigantándola el destino,
Muro se vuelva que os esconda el cielo.»

III.

¡Ah! si perdida vuestra mente aislada
En la tiniebla fúnebre y sombría
De la mansion claustral iluminada
Con la postrera claridad del dia;

Si, como yo, de los tumultos lejos,
Ante una luz que vacilando arde,
Recogiéseis los últimos reflejos
De la tranquila moribunda tarde;

Si el aura blanda en impalpable giro
Os llevase, al flotar murmuradora,
El débil melancólico suspiro
Del triste sér que tras la verja llora;

Si en mística oracion embelesada,
Como imágen del cielo peregrina,

A la sierva de Dios viéseis postrada
Bajo los brazos de la Cruz divina,

No perdieran su encanto y su hermosura,
Su santa uncion y saludable ejemplo,
Ni el templo que idealiza á la figura,
Ni la figura que embellece al templo.

IV.

Guardar la fé cual perla bendecida
Del alma pura en el vergel fecundo;
Sentir de lejos palpitar la vida,
Crecer los años y rodar el mundo;

Alzar un muro gigantesco y fuerte
Que aparte del placer la penitencia;
Fingirse acaso el sueño de la muerte
En medio del abril de la existencia;

Ver de la luz la llama esplendorosa,
Y preferir, como tiniebla umbría,
En la celda otra luz que hace medrosa
Un eterno crepúsculo del dia;

El bullicio trocar por el desierto;
Hacer del cláustro en el rincon profundo
De una lámpara sol, edén de un huerto,
Del rezo un himno y de la celda un mundo;

Olvidar los halagos de la suerte;
De los martirios abrazar la palma;
Esperar entre sombras á la muerte,
Sin nubes ni tormentas en el alma;

Las joyas despreciar por los sayales,
Y tras la verja tétrica y sombría
Esconder unos ojos virginales
Que el amor para el mundo envidiaria...

Es otro amor en su gigante vuelo,
Es de virtudes manantial fecundo,
Es el amor purísimo del cielo,
Y apenas puede comprenderlo el mundo.

V.

Si alguna chispa en vuestros pechos arde
De ese amor en que el cielo se recrea,

Cuando escucheis en la dormida tarde
La campana del cláustro que voltea;

Cuando en medio de séres que os adoran
Disfruteis del hogar los goces puros,
Recordad esas vírgenes que lloran
Tras los espesos y cerrados muros.

Dejad á la hermosísima doncella
Que tras los nudos del cancel se inclina,
Vivir en paz cual pudorosa estrella
Que del cláustro las noches ilumina.

Angelical, fascinadora y grave,
Hunde en la toca la abatida frente,
Y allá en el fondo de la inmensa nave
De sus plegarias el rumor se siente.

Ella es la rosa que perfuma el templo,
Ella es del mundo celestial viajera,
Ella es de amor y de virtud ejemplo,
Ella es de su jardin la primavera.

La sierva del Señor pereceria

Sin su altar y sus sueños inocentes,
Y hasta el aura del huerto gemiria
Llorando por las vírgenes ausentes.

De aquellas melancólicas mansiones
No descorrais el misterioso velo;
No turbeis las eternas oraciones
Que al mundo libran del furor del cielo.

No sembreis el camino con abrojos
A las que aisladas en la fé se inspiran,
Y no empañeis con lágrimas los ojos
Donde los mismos ángeles se miran.

Si crecen ante Dios embelesadas
En ese amor que la virtud enciende,
Dejadlas en sus cláustros, abrazadas
A los pies de esa Cruz que las defiende.

No troqueis esos templos en ruinas;
No destruyais sus sacrosantos nombres;
No las esclavas de la Cruz divinas
Penseis que son esclavas de los hombres.

No dejeis con el mundo de admirarlas

Como escogidas virginales perlas:
¡Si nos falta la fé para imitarlas,
Tengamos el valor de defenderlas!

Que piedra que pongais en el camino
A las dolientes mártires del suelo,
Tal vez, agigantándola el destino,
Muro se vuelva que os esconda el cielo.

ANTE SU CUNA.

A LA PRECIOSA NIÑA MARIA FERNANDA MARTEL Y ARTEAGA,

HIJA DE LOS CONDES DE TORRES-CABRERA.

¡Silençio! Apenas se advierte
Su lenta respiracion,
Y de mis cantos el son
No quiero que la despierte.

Dejadla que duerma así
Mientras velo á su presencia
El sueño de la inocencia
Que entre lágrimas perdí.

Duerma la niña inocente
Con dulce y tranquila calma,
Sin tormentas en el alma
Y sin nubes en la frente.

Ese mundo celestial,
Ese candor peregrino,
Ese embeleso divino,
Ese sueño virginal,

Es del ángel que la aguarda
La aparicion venturosa;
Es la cita misteriosa
Con el ángel de su guarda.

Es que el ángel, sin enojos,
Detiene en su cuna el vuelo;
Es que para ver el cielo
Tiene que cerrar los ojos.

Madre, que velas por ella,
Y que por ella deliras;
Tú, que en sus ojos te miras
Como en el lago la estrella;

Goza el eden celestial
De tu espléndida fortuna,
Entre esa cándida cuna
Y el tálamo conyugal.

Si un ángel el cielo os dió,
Cual fruto de amor fecundo,
Y al contemplarle en el mundo
Del mundo le arrebató;

Si en la hermosa primavera
Que Dios viste de colores,
Llorais de vuestros amores
Perdida la flor primera,

Un ángel el cielo os manda
Como aquel que se llevó;
Si una Concha os arrancó,
Os dá la perla en Fernanda.

. . . .

¡Silencio! Apenas se advierte
Su débil respiracion,
Y de mis cantos el son
No quiero que la despierte.

Envuelta en ricos aromas
Luce cándidos colores;
Así dormirán las flores,
Los cisnes y las palomas.

Niña, que duermes asi,
Tú que en paisages risueños
Resbalas por esos sueños
Que para siempre perdí,

Mañana cuando despierta
Cruces del mundo los mares;
Cuando entiendas de pesares
Y esté tu cuna desierta,

Plegue al cielo conceder
Que tras tu alegre existir,
Lo que dejaste al venir
Te lo encuentres al volver.

MI DESDEN.

Siempre que miro al cielo
Lágrimas de placer vierten mis ojos;
Se calma mi profundo desconsuelo,
Y en mi amoroso y delirante anhelo
Olvido tu desden y tus enojos.

Iluminas mi ardiente fantasia,
Tus antiguas promesas adivino,
Y pienso que hasta al cielo ofenderia
Si no estuvieses en el alma mia
Cual ángel puro que del cielo vino.

Crecen mas los raudales de mi llanto
Y á mi dulce embeleso me abandono;
Porque te quiero tanto
Que me olvidas, y olvido mi quebranto
Y hasta la ingratitud te la perdono.

EL DOS DE MAYO.

AL EXCMO. SR. D. ANDRÉS ARTEAGA Y SILVA,

MARQUÉS DE VALMEDIANO.

Triste, sangriento dia,
Que el ángel funeral de los recuerdos
Vuelve á estender sobre la pátria mia:
Del peñascal oscuro y cavernoso,
De las desiertas lóbregas ruinas
Donde se queja el huracan medroso;
Del ronco mar, que en las arenas llora,
De sombras y sepulcros,
De opaca luz y de sangrienta aurora
Te miro renacer; cárdeno el cielo,
Cual cadáver sombrio
Te arroja de mi pátria por el suelo!
Rayas, y sobre el bárbaro Occeano
Tintas las aguas en las rocas mujen;

Rayas, y sobre el polvo del tirano
Hambrientos tigres irritados rujen.

«¡Aguila!» le decian
Al guerrero imperial, cuando en el Sena
Triunfante le veian
Con la frente en la bóveda serena;
¡Aguila, sí! pero al romper el vuelo
Hácia mi pátria en vértigo iracundo,
En vez de altiva remontarse al cielo
Rodó sangrienta al báratro profundo.

Aguila, sí! Las cumbres de los montes
Bajo su garra indómita temblaron;
Los rayos al romper los horizontes
Sus alas respetaron;
Y el águila soberbia no veia
En el delirio de su furia loca,
Que era mi pátria la gigante roca
Dó su inmenso poder se estrellaria.

Si los hondos volcanes
Lanzar pudieran su corriente brava
En piélagos de lava

Rodando entre furiosos huracanes;
Si el mar lejano, que gimiendo suena,
Traspasára con ímpetu soberbio
Sus murallas de rocas y de arena,
Quizá no bastaria
Para lavar la sangre generosa
Que en tan horrendo dia
Manchó la frente de la pátria mia.

¿Qué importa que las flores
Despierten yá, palpiten abrazadas
Y canten sus amores
En las hondas cañadas,
Alcázares de rústicos pastores?
¿Qué importa que resbale suspirando
El viento por las hojas
Con eco dulce sonoroso y blando;
Y salten los torrentes,
Y suspiren en valles escondidos
Las tórtolas dolientes;
Y se ahuyenten las brumas
En el piélago azul, y blanco el rio
Murmure con la voz de sus espumas?
¿Qué importa que con lánguido desmayo
Muera la tarde entre doradas nubes,

Y el verde trono del naciente Mayo
Coloquen en el mundo los querubes?
¿Qué importa la armonía
De cielo y tierra, y de la mar sonora,
Cuando la pátria mia
Llena de horror desconsolada llora?

¿No escuchais? Es la tierra
Que se mueve y palpita
Bajo el peso salvaje de la guerra;
Es la voz de los roncos aquilones
Que arrastran por los mundos del espacio
El hórrido fragor de los cañones;
Es el hogar que tiembla y se desploma;
Es el niño que muere ante el verdugo
Como en garras del buitre la paloma;
Es la sorda campana
Que suspira y voltea
En la ermita lejana;
Es la sangre que humea...
Y que del pecho de los héroes mana.

Luna, que en apartado cementerio
Iluminas la nada del sepulcro

Con fúnebre misterio!
Aires dormidos, solitarios montes
Que finjís con los pinos y las rocas
Fantasmas en los negros horizontes;
Despertad en mi ardiente fantasía
Las sombras del terror y del espanto;
Huya, pues, la mortal melancolía;
Quiero el horror cuando entre sangre canto.

Cadáveres dó quier; la sepultura
Su cáuce ensancha, y á la par sonrie
El vil tirano que la sangre apura.
Mirad allí la vírgen candorosa
A los pies del altar, triste llorando
De Dios ante la Madre cariñosa;
Llega el verdugo allí, sus ojos bellos
Apaga con el soplo de la muerte,
Y el dorado raudal de sus cabellos
En raudales de sangre se convierte.

Allí están, pâtria mia,
Los que abrigaste en tu amoroso seno;
Ahí tienes al que hermano se fingia
Para escupirte al rostro su veneno;

Mírale bien: el águila valiente,
El águila que nunca se atreviera
A contemplar tu sol resplandeciente;
La que fué de los mundos el espanto
Se estrella en tu muralla;
Ya no sabe cantar, porque su canto
Lo apagó tu leon en la batalla!

Los vientos fugitivos
Arrancan al compás de los cañones
El ¡ay! de los cautivos:
Del pueblo los cantares
Resuenan por do quier; húndense rotos
Los techos que coronan los hogares;
Las hermosas emprenden suspirando
Sobre alfombras de sangre su carrera,
Mientras mancha la pólvora humeando
Sus manos y su negra cabellera:
Los ayes de las víctimas postradas
Resuenan del espacio en los desiertos,
Miertras hierven las calles agitadas
Como un volcan de lágrimas y muertos.

Pero escuchad; rodando por la tierra

Ya retiemblan los ecos funerales
Que dicen sin cesar: *venganza y guerra*;
Y «¡guerra!» grita la montaña oscura
Con la voz de sus lóbregos torrentes
Que aturden la espesura;
Y «¡guerra»! los altares,
Y «¡guerra!» de las vírgenes el coro,
Y el bárbaro concierto de los mares;
«¡Guerra!» el rayo que hirviente se encendia
Cuando en el alto espacio se derrumba;
Y «¡guerra!» «¡guerra!» el héroe repetia
Con cavernosa voz desde su tumba.

Sí; que el pueblo que llora
Y escucha en el lugar de los sepulcros
De sus héroes de ayer la voz sonora;
Cuando el pueblo defiende
Su vírgen libertad y desde el cielo
El entusiasmo de su Dios le enciende;
Cuando siente el compás de las cadenas,
El, que es tan libre como el sol jigante
Que fulgura en las bóvedas serenas,
Sabe romper el vergonzoso yugo,
Sabe espirar enfurecido y bravo,

Antes que sucumbir ante el verdugo
O arrastrar la cadena del esclavo.

No llores, no, dominadora España;
Oye al *leon* que indómito y rugiente
En la sangre del *águila* se baña;
Escucha la salvaje griteria
De los vientos del mar; nada te asombre;
Mira cual llevan su triunfante nombre
A las rocas del Africa bravia;
Besa tu Santa Cruz, abre tu historia,
Allí contempla tu valor fecundo,
Y verás que es pequeño el ancho mundo
Para cubrir la imágen de tu gloria.

. . . .

Brisas de sangre! El alma destrozada
Se siente desmayar; la dulce lira
Se queja fatigada,
Y con pausado son gime y suspira;
Los últimos reflejos de la tarde
Se apagan tras medroso *Monumento*,
Y el nombre de DAOIZ y de VELARDE
Triste murmura sollozando el viento.

Las sombras de las víctimas resbalan
En grupos negros por el aire vago,
Y hondos gemidos al pasar exhalan.

. . . .
. . . .

Cipreses que con lánguida armonia
Llorais al son del viento moribundo,
Vivid... vivid... para cantar al mundo
La eterna gloria de la pátria mia.

LA CRUZ Y EL SEPULCRO.

BALADA.

Á MI QUERIDO AMIGO D. MANUEL PEREZ DE MOLINA.

I.

¿Te acuerdas? Bajo la cruz
Del cementerio, una tarde,
A los dolientes suspiros
De melancólicos árboles,
Eterno amor se juraron
Nuestras almas al hallarse.
Yo era muy niño....., muy niño,
Tú eras una niña....., un ángel.
Almas de ilusiones llenas,
Almas de niño..... ¡quién sabe

Lo que juró la inocencia
De la muerte en los altares!!
¡Quién sabe si los dos niños,
Eterno amor al jurarse,
Amarse entonces creyeron,
O si juraron amándose!!

. . . .
. . . .
. . . .

La ermita del panteon
Vibró su campana grave;
La luna llenó de pronto
La mansion de los cadáveres,
Y de los nichos abiertos
Salieron oscuras aves,
Que enlutando el horizonte
Se perdieron en los aires.
¡Oh campana!... ¡luna llena!
¡Agonía de la tarde!
Velad por los juramentos
Que al pié de la cruz se hacen!

II.

En la cruz nos abrazamos,
De la cruz nos despedimos,
Muy niños nos separamos
Y nunca nos olvidamos
Del juramento que hicimos.

Y una tarde, en que moria
Lejana del sol la luz,
Con vaga melancolia
Otra vez yo me volvia
Del cementerio á la cruz.

¡Te buscaba!! vi la yedra
Cubrir la tumba del hombre;
Miré la muerte que arredra,
Y en una losa de piedra.....
¡Dios mio! ¡miré tu nombre!!

Y en el sauce que lloraba
Cuando con el viento zumba;
Y en la noche que llegaba,

Y en el eco que rodaba.
Por el fondo de la tumba,

Una voz hueca y sonora
Como la ronca campana,
Me dijo: «medita y llora,
Que cual la que duerme ahora
Tambien dormirás mañana.»

«Juraste con dulce anhelo
Al pie del sepulcro inerte;
Y amor jurado en el suelo
Despues se encarga la muerte
De eternizarlo.... en el cielo.»

LA MAR Y EL RÍO.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA DOÑA MARÍA TERESA ZIRIZA.

Al pie de la mar que besa
La hercúlea playa galana,
Nació la gentil Teresa
De una blanca concha impresa
En la arena gaditana.

Y cuando abrió al despertar
Los ojos angelicales,
El mar los quiso copiar,
Y desde entonces el mar
Copia el ci elo en sus cristales.

Bendita la playa sea
Que en la neblina blanquea!
De esa mar entre las brumas
Como gentil Citerea
Brotaste de las espumas.

Y Dios al lanzarte al suelo
Entre perlas á millares,
Dió á tu rostro en dulce anhelo
Las estrellas de aquel cielo
Y la sal de aquellos mares.

Amorosa y placentera
Dejaste el vergel marino
Y la arenosa pradera
Por la florida ribera
De mi Bétis cristalino.

Te vió el Bétis y dejaba
Su corriente detenida;
Pues lo que en Cádiz buscaba
Era la perla que hallaba
En mi Córdoba querida.

Hoy que tu morada besa
El humilde Manzanares,
No olvides nunca, Teresa,
Ni la vega cordobesa
Ni los gaditanos mares.

Porque en uno y otro hogar,
Allí, en triste desvarío,
No te dejan de buscar
Como una ninfa, tu mar,
Como una perla, mi rio.

EN EL ALBUM

DE LA BELLA POETISA SEÑORITA DOÑA JOSEFA CRESPO.

Si robaste sus plácidos aromas
A la galana flor,
Su gemido á la mar, y á las palomas
Sus arrullos de amor;

Si sabes las canciones peregrinas
Del aura matinal;
Si remedas la voz de las ondinas
Del lago en el cristal;

Si entiendes lo que canta entre las flores
Una brisa al morir;

Si sabes lo que dice en sus rumores
Mi azul Guadalquivir;

¿Eres la voz de un alma enamorada
O eres un ruiseñor?
¿Eres ángel, ó brisa delicada,
Eres ondina ó flor?

AL CAER DE LA TARDE.

I.

Esos vapores que la tierra llora
Y en bruma opaca sobre el monte giran;
Esa lánguida niebla que los campos
A los cielos envian;

Esa pálida estrella que aparece
Con muerta luz tras la lejana ermita;
Esos fuegos que brotan en las nubes
Como fugaces chispas;

Esa inquietud con que la fuente gime;
Ese susurro de la selva umbría;
Ese rumor perdido entre las ojas
De las flores dormidas,

Es la muerte del sol que ya se apaga;
Es la luz soñolienta que vacila;
Es el primer lucero de la noche,
Es la tarde que espira!

II.

Dicen que cuando el sol ha descendido
Hundiéndose en las cumbres y en los valles;
Cuando la luna besa desde el cielo
Los mundos y los mares;

Cuando trémulas brillan las estrellas
Como los dulces ojos de los ángeles;
Ojos ¡ay! que se cierran ante el mundo
Y que ante Dios se abren,

Triste rumor se eleva á las alturas,
Que brota de cabañas y de altares,
Lo mismo de la choza del mendigo
Que de régios alcázares.

Esa es la voz del alma que suspira;
La dulce voz del hijo y de la madre;
La oracion del hogar que al cielo vuela;
La oracion de la tarde!

III.

Cuando ya ha muerto el sol; cuando la noche
Cubre la tierra con oscuras gasas;
Cuando los ecos de oracion ferviente
Los céfiros arrastran;

Cuando arrojan fantásticos rumores
Los senos de las lúgubres montañas;
Cuando se quejan los lejanos rios,
Y llora la campana,

Un ángel con dulcísima sonrisa
Desciende á nuestra plácida morada,
Y el lecho de la vírgen y del niño
Defiende con sus alas.

Es el ángel del sueño y los amores,
La estrella que las sombras abrillanta,
El ángel del silencio y los hogares,
El ángel de la guarda.

EL CIELO.

AL INSPIRADO CANTOR DE GALICIA LEOPOLDO CRESTAR.

> **Y cúmplese mi anhelo**
> **si en èxtasis de amor entonces miro**
> **pintarse regalado**
> **ese cóncavo azul que enseña el cielo**
> **de brilladoras luces salpicado.**
> **(Crestar.—Serenata.)**

Corazon, deten el grito
Que ya frenético exhalas,
Queriendo tender tus alas
Al mundo del infinito.
La ansiedad en que me agito
No puede ahogar tu clamor,
Y pretendes volador
Subir, con afan profundo,
Al cielo, dosel del mundo
Y pedestal del Señor.

Huracan, que el hondo seno
Turbas de la mar hirviente,
Cuando al relámpago ardiente
Arrancas la voz del trueno;
Si ya de furores lleno
A los espacios te entregas,
Y el raudo vuelo despliegas
Por la gigante estension,
Préstale á mi corazon
El soplo con que navegas.

¡El cielo! No hay un pesar,
Ni una lágrima escondida,
Ni un suspiro, ni una herida
Que no la pueda endulzar.
De la existencia en el mar
No hay amargo desconsuelo,
No hay delirio ni desvelo,
Pena ni dolor profundo,
Que no se calme en el mundo
Cuando se contempla el cielo.

Allí el lejano confin
Que la eternidad pregona;
Allí el sol, como corona
De tan inmenso jardin;
Allí el piélago sin fin,
Sin olas y sin orilla;
Allí el Dios que al orbe humilla,
El que al universo asombra,
Y aquí en el mundo la sombra
De lo que tan alto brilla.

Allí el íris fulguroso
Su régia banda estendiendo;
Allí los astros, siguiendo
Su curso maravilloso;
Luna y sol esplendoroso
Allí brillando los dos;
Allí del Eterno en pos
El alma que aquí es esclava;
Aquí lo que en polvo acaba,
Y allí lo que empieza en Dios.

Cuando entre la densa bruma
Brilla el relámpago ardiente,
Y el buque en la mar rugiente
Salta como débil pluma;
Cuando en montañas de espuma
Ruedan olas á millares,
Del cielo allá en los altares
Arco hermoso se divisa,
Y el iris es la sonrisa
Con que Dios calma los mares.

Cuando en la noche sombría,
Sin luces y sin rumores,
Entre secretos amores
El corazon se extasía;
Cuando el amor nos envia
Penas que al alma devoran;
Cuando los amantes lloran
En éxtasis celestial,
La luna es blanco fanal
De las almas que se adoran.

Cuando sus rayos dilata
La blanca luna en las sombras,
Y del cielo las alfombras
Pinta como sol de plata;
Cuando el espacio retrata
De los astros el tesoro
Y las estrellas en coro
Bordan de la esfera el tul,
El cielo es un campo azul
Que adornan flores de oro.

Cielo, donde el sol triunfante
Rompiendo densas neblinas,
Con sus hebras diamantinas
Forma guirnalda brillante;
La tierra, la mar gigante
Te admiran siempre las dos;
Y los querubes, en pos
De esa inmensidad que asombra,
Te esparcieron como alfombra
De los jardines de Dios.

Si cual águila caudal
Que lanza intrépida el vuelo
Subiera el alma en su anhelo
A la mansion celestial;
Si á esa bóveda inmortal
Alzára el vuelo fecundo,
En su anhelo sin segundo
Viera en el azul palacio
Un dosél en el espacio
Y un pedestal en el mundo.

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORA DOÑA PURIFICACION CABEZAS DE JOVER.

Mira ante tí las nubes de colores
Que libres lloran virginal rocio;
Mira estenderse de tu pátria el rio
Tegiendo espumas y cantando amores.
Escucha los torrentes saltadores
Que roncos ruedan por el bosque umbrio,
Y contempla en tu dulce desvario
De nuestros campos las bordadas flores.
Verás que ni las perlas virginales
Que llora el alba en cándidos sonrojos
Ni del Oriente el velo de corales,
Llevan las tintas de tus labios rojos,
La luz de tus pupilas celestiales,
Y el sol de la virtud que arde en tus ojos.

11

EL COLLAR DE AMORES.

ORIENTAL.

¿Quién como tú? No hay ninguna
Tan cándida ni tan bella;
De tí, si fueses estrella,
Tuviera celos la luna.

Cuando en mi tus ojos clavas
Tras amorosos desvelos,
Lanzan murmullos de celos
Las ofendidas esclavas.

Solo mi furor las doma
Y mis gritos soberanos;
Te han visto; son los milanos
Que acechan á la paloma.

¿Ves el collar que levanta
Respirando á su albedrio
Tu pecho, como un rocío
De perlas en tu garganta?

Pues te lo hiciera pedazos,
Trocando sus mil primores,
Por ese *collar de amores*
Que me formas con tus brazos.

Mis pueblos no me respeten
Y aquí cautivo me vean,
Con tal que tus brazos sean
Los hierros que me sujeten.

Cuando en mi recinto asomas
Por todo el harem circulan
Nubes de esencias que adulan
Al aire con sus aromas.

Solo en tus miradas vivo,
Y tanto, Sultana, puedes,
Que hasta bendigo las redes
En que me tienes cautivo.

Cuando mis ojos te ven,
Cuando cerca te diviso,
Es mi vega un paraiso,
Y mi alcázar un edén.

Cuando se cierran tus ojos
Entre lascivos escesos,
Arden en chispas de besos
Tus hirvientes lábios rojos.

Y de tu amor en la red,
Sobre perfumadas pieles,
Beso tu boca..... y sus mieles
Hacen eterna mi sed.

Cual hurí fascinadora
Por mis ensueños oscilas,
Y el fuego de tus pupilas
Abrasa mi sangre mora.

La luz en ráfagas puras
En tus ojos aparece;
Si los entornas..... parece
Que me voy quedando á oscuras.

Rompe el collar que levanta
Respirando á su albedrio
Tu pecho, como un rocio
De perlas en tu garganta.

Quiero hacértelo pedazos,
Y trocar sus mil primores
Por ese *collar de amores*
Que me formas con tus brazos.

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORITA DOÑA DOLORES VALDELOMAR Y FÁBREGUES.

No ya la voz del viento que poderosa abarca
La inmensidad gigante del cielo y de la mar;
No el pléctro sonoroso del inmortal Petrarca;
No ya la voz del cisne que canta al espirar;

No ya de los vergeles el plácido murmullo;
No el arpa enamorada de amante trovador;
No ya de las palomas el solitario arrullo
Ni la sonora música del tierno ruiseñor.

No ya los ecos tristes que las dormidas fuentes
Desde las altas rocas producen al caer;
No ya las roncas voces de arroyos y torrentes
Que ruedan al abismo del mar á perecer.

No el eco de la brisa que duerme entre azahares,
Ni el canto fugitivo de vaporosa hurí,
No ya del arpa mia los trémulos cantares.....
La voz de un ángel quiero para cantarte á ti.

Vives dichosa como las flores,
Bordan tus sueños ricos colores,
Tienes el alma llena de amor;
Y en las sonrisas que nos regalas
Los corazones forman escalas
Para otro mundo mucho mejor.

Es de paloma tu pecho amante,
Y nos descubres en tu semblante
Secretos puros de cielo y mar;
Pues dos estrellas hay en tus ojos,
Y si despliegas tus lábios rojos
Hilos de perlas se ven brillar.

Luces de virgen rica guirnalda,
Bucles de oro cubren tu espalda,
Tu blanca frente pinta el pudor;
Y cuando el aura tu falda mueve
Bajo la huella de tu pie breve
En cada paso brota una flor.

Nunca perdida la fé del alma
De ti se aleje la hermosa calma,
Que trueca en cielo, niña, tu hogar;
Y por tu mente, puros y lentos
Resbalen, Lola, los pensamientos
Como la espuma sobre la mar.

Entre ilusiones al cielo subes;
Nunca se empañe con negras nubes
El limpio cielo de tu ilusion;
Y de tu pecho la fé sagrada
Guárdala siempre purificada
Con el perfume de una oracion.

Entre mis sueños, cuando era niño,
Con la pureza de aquel cariño
Yo contemplaba tu candidéz;
Por eso el tiempo nunca ha borrado
Este cariño que está sellado
Con los recuerdos de la niñéz.

Pasó del niño la edad florida,
Como la nota triste y perdida
Que amante exala ronco laud;
Y si en aquella dulce existencia
Eras el ángel de la inocencia,
Hoy eres ángel de la virtud.

Entre las flores de Andalucía
El blando céfiro de la poesía
Besó á una rosa llena de amor,
Y en el enlace y en la ternura
Que tuvo el génio con la hermosura
Brotaste, Lola, cual nueva flor.

Si en mis ensueños, cuando era niño,
Con la pureza de aquel cariño
Yo contemplaba tu candidéz,
Deja que el pecho guarde estasiado
Este cariño que está sellado
Con los recuerdos de la niñéz.

TU PIE.

Á LA SEÑORA DOÑA SOFIA ZULUETA DE BISSO.

Todos han dicho que tu hermosura
No tiene igual;
Todos han dicho que tu blancura
Es cual la perla que duerme pura
Bajo el cristal.

Todos han dicho que tus cabellos
En hebras mil,
Con áureos bucles ondulan bellos,
Cual los ardientes rubios destellos
Del sol de abril.

Dulces cantores, uno por uno,
Llenos de fé,
Te dedicaban canto oportuno;
Vieron tu cara.... pero ninguno
Te ha visto el pie.

Las flores de tus alfombras
Que en guirnaldas peregrinas
Sin aroma y sin espinas
Te dan su hermoso color,
Lucen nuevos esplendores,
Nueva pompa y nueva gala
Cuando por ellas resbala
Tu pie.... con blando rumor.

Como suena la brisa
Al recoger perdiéndose indecisa
Los trinos de las aves;
Cual los ecos suaves
Del lago y de las flores
Que allá en la selva los arrastra al viento
En ráfagas de luz y de colores,
Así por el oscuro pavimento
Resuenan de tus pasos los rumores.

Entre las sombras de la noche oscura,
Léjos, sobre los aires contemplé,
Cual forma vaga de la niebla pura,
La estátua celestial de tu hermosura
En la *blanca columna*... de tu pié.

¡Tú pié! nieve de mayo
Que el alba tornasola;
Suave pluma del cisne,
Ala azul de la tórtola;
Cáliz plegado y puro
De cándida magnolia;
En la desierta playa
La nacarada concha;
En la azucena vírgen
La ya entreabierta hoja.

Breve, y gentil, y suelto y fugitivo
El círculo ligero de tu paso
Ya lo dibujá en ademan lascivo,
En las redes cautivo
De blanca cárcel de brillante raso.
Tiene por áureo trono

De las alfombras la gentil guirnalda,
Y se descubre en lánguido abandono
Bajo el dosel de tu flotante falda.

Las tibias ondas cual leve pluma
Sobre la arena dejan su espuma
Y huyen despues;
Así tus faldas, que el áura mueve,
Cual copo errante de blanca nieve
Sobre la alfombra dejan tu pie.

Tienes ojos azules
Como los mares;
Mejillas sonrosadas
Como la tarde;
Mas nada tienes
Cual la gentil *columna*
Que te *sostiene*.

. . . .

. . . .

Tu cara es una estrella;
Es hermosa tu frente angelical;
¡Ay qué *estátua* tan bella!...
Pero ¡ay qué *pedestal*!...

AL SIGLO XIX.

A MI AMIGO EL CELEBRADO POETA RAMON RODRIGUEZ CORREA.

. . . .

. . . .

¡Aun suena!.... ¡Todavia
Tras la espalda recóndita del monte
Lo escucha mi soberbia fantasía!....
Abierto el horizonte
Dibuja entre sus bóvedas doradas
Mil nubes de vapor, que en el espacio
Por el Titán magnífico arrojadas,
Vuelan del sol al inmortal palacio!...
¿No lo escuchais?... de fuerza y de ruido
Es un mónstruo que silba y serpentea
Ligero como el rayo desprendido.
Por las oscuras cóncavas montañas

Y por los llanos rápido se agita;
Del túnel en las lóbregas entrañas
Con hirviente fragor se precipita.
No hay peñascos que turben su camino
Ni huracan que le estorbe en su carrera;
¡Él sigue, cual gigante torbellino
Que corre desatado por la esfera!
Mueve los pueblos; con su voz enciende
Del trabajo el raudal nunca infecundo;
Por todas partes su poder se estiende
Y en sola una ciudad convierte al mundo!
¿No escuchais el concierto
Que forman sus torrentes de vapores,
Libres poblando el horizonte abierto?
¿No escuchais esa máquina sonora
Que es de la fuerza impenetrable escudo?...
Es la soberbia audáz locomotora!
Es del siglo la voz!... ¡Yo la saludo!

De cabaña en cabaña,
De region en region, de llano en llano,
De montaña en montaña,
De uno al otro magnífico Occeano,
Se descubre un camino

De férreos lazos, que de trecho en trecho
En los aires descansa
Sobre los hombros del nogal y el pino!
La palabra vestida
Con la rápida luz del pensamiento,
Allí rueda escondida
Atrás dejando en su carrera al viento!...
¡Oh siglo del telégrafo, levanta
Tu frente hermosa! de tus génios dame
La ardiente inspiracion, y en torno brame
Del arpa del poeta
El huracan que ruge furibundo;
Huracan que sus notas arrancando
Las vaya en su carrera publicando
Por los estensos ámbitos del mundo!

¡Si; que en el règio alcázar diamantino
Donde se enciende el sol, donde la aurora
Deshace en perlas el cristal divino
Que por el éter en los campos llora,
Rompan quizás en himnos inmortales
Génios ocultos que la tierra admira,
Acompañando de mi ardiente lira
Los ecos con sus ecos celestiales! ..

La blanca luz, que en manantial de oro
Rica se esparce al asomar el dia,
Es para el arte virginal tesoro,
Y el cielo para el arte nos la envia!
Vedla nacer; sus rayos fugitivos
Tiemblan en los azules horizontes,
Rayos que al verse en el cristal cautivos
La imágen copian en colores vivos,
La flor, el mar, los prados y los montes!
¡Oh misterio sublime!
¡Oh númen del fotógrafo, que imprime
De la verdad la imágen en la sombra
Sin que el pincel con su matiz la anime!
Fija en los aires tu cristal de plata,
Detén un rayo de tu luz hirviente,
Y del siglo en la faz resplandeciente
La pompa augusta y el poder retrata.

¡Génio del mar, Colon, sombra sagrada,
Que duermes de los sáuces y las tumbas
En la mansion callada;
Despierta, ven; confuso y aturdido
Te invoca rebramando el Occeano
Hoy que se vé por el vapor vencido!

Ven, y contempla entre las densas brumas
Libres cruzando el piélago profundo,
Los vapores que vuelan hácia el mundo
Que supiste arrancar á las espumas.
Despierta, ven, tus sueños abandona,
Y al ver esclavo al mar, raudo y rugiente,
Del siglo del vapor cubra la frente
De tus coronas la mejor corona!...

El globo hinchado que sereno sube
Perdiéndose en los aires atrevido,
Cual se pierden el águila y la nube;
Las rosas bellas de encendida grana
Conservando el perfume moribundo
Del Japon en la rica porcelana;
La ciencia, abriendo el suspirado mundo
De las bellezas y del arte ameno,
¡El aire vago de palabras lleno!
¡Los torrentes ocultos
Del gas que corre y que en la noche umbría
Sustituye la luz del muerto dia!
¡El eterno ruido
De la prensa inmortal, voz de los mundos!
¡Todo, en fin, cual fantástica quimera,

Con soberbia hermosura se levanta,
Y crece todo y todo se agiganta
Del siglo del vapor en la carrera!

. . . .

¡Ah, tú, siglo inmortal, que te presentas
Del tiempo en los umbrales
Vertiendo por el orbe los raudales
Del vivo fuego que en tu frente ostentas;
Tú, que estás palpitando
En la lira, la música y la roca;
Tú, que con ánsia loca
Vas los pueblos inquieto despertando;
Mira del arte las hermosas flores
Envolverse en el cielo de la idea,
Entre blancas guirnaldas de vapores;
Oye al viento que llora
Repitiendo en el mundo los cantares
De la hirviente y fugaz locomotora;
Escucha el son del piélago bravío
Y verás la palabra detenida
Del negro cable en el cañon sombrío;
Mira el pino, fantasma de la sierra,
Bordando los abiertos horizontes,

Cortando las distancias de la tierra
Con las redes de alambre, donde encierra
La palabra que vuela por los montes.
Contempla tu magnífica grandeza,
Alza tu frente, de laurel ceñida,
Y verás que has nacido cuando empieza
Sobre la tierra á palpitar la vida.

A FUENSANTA.

Ella, la blanca paloma
Que á la colina riente
Por vez primera se asoma;
El virgen y tibio aroma
Que exhala la flor naciente;

La nube que en fácil brio
Cruzó el espacio indecisa;
La lágrima del rocío;
El eco vago del rio
Que fué muriendo en la brisa;

El iris roto en la espuma;
El sol que naciente veo
Borrando del mar la bruma;
El ave de blanca pluma
Que vió volar el deseo;

La tímida hermosa estrella
Que lloraba con las flores;
Una mujer, solo aquella
Fué mi delirio.... y fué ella
El ángel de mis amores.

Y el clavel, la blanca rosa,
Y los lirios del verjel,
Doblan su sien vergonzosa,
Porque es ella mas hermosa
Que *rosa, lirio y clavel.*

Si, que á las flores del valle
Dan sus hechizos enojos;
¿Qué palma copia su talle?
¿Y dónde quereis que halle
Estrellas como sus ojos?

Ayer, cuando el sol moria
Entre celages de grana,
Con vaga melancolía
Trémulo el viento gemía
Al cruzar por su ventana.

Un clavel en su embeleso
Lloraba tristes agravios,
Y el cefirillo travieso
Puso en sus hojas un beso....
Trocándolas por sus labios.

Yo, que un ángel peregrino
En mis sueños me forjé,
Al hallarla en mi camino....
Es ella el *ángel divino*
Que soñando contemplé.

Niña tan hermosa y buena
Ecos á mi lira arranca
Al verla de hechizos llena,
Y blanca, mucho mas blanca,
Que el *cáliz de la azucena.*

Ocultan, cual blanco velo,
De sus párpados los túles
Sus ojos con dulce anhelo
Ojos que *copian el cielo*
Sin ser como el cielo *azules.*

Yo mis penas le contaba
Y con mis penas sufria,
Y tambien ella lloraba,
Y yo sus ayes guardaba
Y sus lágrimas bebia.

De la luna al resplandor
Al ver nuestro dulce anhelo
Nos contemplaba el Señor;
Que siempre el primer amor
Tiende sus alas al cielo.

Yo con dulces embelesos
En las estrellas veia
Sus castos ojos impresos,
Y el céfiro me traia
Sus lágrimas y sus besos.

El céfiro me los daba,
Y volando en nuevos giros,
El céfiro se alejaba;
Que tambien ella esperaba
Mis besos y mis suspiros.

Mas ¡ay! de la suerte en pos,
Con las lágrimas del niño
Nos separamos los dos;
Pero aun acaricia Dios
La flor de nuestro cariño.

Aun no han muerto las visiones
De aquellos mundos risueños;
Y allá en nuestros corazones
Aun duermen las ilusiones,
Y son dorados los sueños.

Aun resbala el aire blando
Sus lágrimas recogiendo
Y mis suspiros llevando;
Siempre los dos esperando,
Y siempre los dos muriendo.

Ilusiones placenteras,
Que aun viven con dulce calma
Como en las horas primeras,
Que no hay olvido en el alma
Si el alma quiere de veras.

Sí; de esperanzas en pos,
Con las lágrimas del niño
Nos separamos los dos;
Pero aun acaricia Dios
La flor de nuestro cariño.

LOS DOS ECOS.

A UNA MADRE EN LA MUERTE DE SU HIJO.

Allá lejos, al pié de la montaña,
Entre el verde feston de sus laderas,
Abierta está su mísera cabaña.
Las tintas del crepúsculo sombrio
De luces vagas el espacio inundan,
Gimen las musas y murmura el rio.

Un niño candoroso,
Un ángel bello que creció inocente
De la cabaña en el recinto umbroso,
Al ocultarse un dia
Del sol cansado las rojizas galas,
Lleno de virginal melancolía
Del mundo al cielo levantó sus alas.

Murió como la perla
Que en el cáliz del lirio se evapora,
Cuando apenas concluye de verterla
Mezclada en llanto la naciente aurora.
La madre sonreia
Y nunca en su delirio adivinaba
Que secarse podria
La fuente pura dó su amor brotaba.

Una tarde serena,
De dulces y suavísimos rumores
Y de misterios llena,
Las tintas del crepúsculo sombrio
De luces vagas el espacio inundan,
Gimen las brisas y murmura el rio.
La luna entonces apacible baña
Del sol poniente la sangrienta huella,
Y en el techo feliz de la cabaña
Sus rayos vierte misteriosa estrella.

. . . .

¡Una estrella! La madre acongojada
Desde su albergue rústico la mira;
La míra y la bendice arrodillada;

Llora al mirarla y al llorar suspira.
Ya no hay dolor que al alma le taladre;
Divisa un ángel en la estrella fijo,
Y dice un eco en las alturas: ¡¡Madre!!
Y dice un eco en la cabaña: ¡¡Hijo!!

ANTE EL CLAUSTRO.

A UNA MONJA EN EL DIA DE SU PROFESION.

Despierte el eco
De las campanas;
Muros y altares
Vistan de gala;
Abra el convento
Su puerta santa
Para la Virgen que al cielo hermoso
Tiende sus alas.

Sangrientas olas
Envenenadas
Que el mar del mundo
Fèrvido arrastra;
Dejad que siga

Su rumbo en calma
La barquilla que al puerto se acerca
De bienandanza.

Lago sereno
De olas calladas,
Lirio del valle,
Rosa temprana.
Ciñe á tu frente
Rica guirnalda,
Cuyas flores oculte en sus pliegues
Tu toca blanca.

Desplega el mundo
Sus pompas vanas;
Arden las luces
En régio alcázar;
Gánanse tierras
En las batallas,
Y una celda le basta á la virgen
Que el claustro guarda.

Las ya escondidas
Vírgenes cándidas,

Que alzais al cielo
Dulces plegarias,
Abrid los brazos
A vuestra hermana,
Cual pastor á la oveja que vuelve
Por la montaña.

A UNA LAGRIMA.

AL DISTINGUIDO ESCRITOR D. TEODOMIRO RAMIREZ DE ARELLANO.

Hervida saltas del pecho
y por mi semblante ruedas;
¡Con cuánta calma resbalas,
Resbalas... y, cuánto quemas!
¡Pobre lágrima! el ardiente
Raudal de mis hondas penas,
Te arroja desde su fondo
Sepulcro de mi inocencia!
Manchas el cristal cansado
Que en mis pupilas chispea;
Si tanto herviste por dentro
Tiempo es ya que salgas fuera.
¡Pobre lágrima! no eres
Hoy la purísima perla

Que brilló del tierno niño
En la alba frente serena.
  No eres la nítida gota,
De la cuna compañera,
Que sobre flores caia
O sobre mi madre tierna.
  Aquella gota brotaba
Como en las flores la esencia,
Brotaba fácil, tranquila,
Y era tan dulce verterla...!
  Las lágrimas de los niños
Salen pronto y los consuelan;
Las lágrimas de los hombres
Tardan en salir y queman.
  Las unas son el rocío
De cándida primavera;
Y las otras son del alma
La rugidora tormenta.
  ¡Pobre lágrima! te has ido
Y ya no es fácil que vuelvas!
¡Ay si volvieses trocada
En lágrima de inocencia!

EN UN SUEÑO.

Mas allá de la tarde misteriosa,
En la noche que viene
A abrir la acacia y á cerrar la rosa,
Soñé contigo: el aire trasparente
Trovador de los lagos y las flores
Agitaba los rizos de tu frente.
Muy lejos tras los mares se ocultaban
Del sol poniente los penachos rojos,
Y dos estrellas cándidas bordaban
La oscura noche de tus negros ojos.

Soñé contigo, y en mi ardiente anhelo
Pensé que traspasaba en mi delirio
Los azules alcázares del cielo.

16

Soñé contigo, roca solitaria
Mi frente sostenia
Al pié de la desierta pasionaria;
En sus umbrosos plácidos retiros
Se quejaban las flores,
Y á lo lejos, cual música de amores,
Yo escuchaba el rumor de tus suspiros.

Pasó la noche: el vaporoso dia
Tras los azules montes despuntaba
Y el tierno cáliz la azucena abria;
¡Todo á la vida y al placer tornaba!
Solo tu amor dormia...
Y nunca para mi se despertaba.

LA FLOR, LA AURORA Y LA FUENTE.

Á MI AMIGO JULIAN ALFREDO PRÍNCIPE.

En un jardin dó el ambiente
Cándidas flores mecia,
Una fuente se veia
Limpia, pura, trasparente.

En su márgen una flor
Esbelta se levantaba,
Mientras la fuente lloraba
Con su perpétuo rumor.

El alba, llena de amores,
Perlas en la flor vertia,
Y el agua reproducia
Sus perlas y sus colores.

Amaba á la flor la Aurora,
Mas la flor la desdeñaba,
Y esquiva se columpiaba
Sobre el agua bullidora.

Pinta en su cristal la fuente
Su imágen gallarda y bella,
Como copia el mar la estrella
En su linfa trasparente.

Y en los ramajes espesos
Los céfiros resbalaron,
Y allá en su cáliz dejaron
Perlas, lágrimas y besos.

¡Pobre flor! no comprendia
Que era la fuente su espejo,
Y que del alba el reflejo
Mas hermosa la volvia.

Auras besaron su frente;
La dijeron *eres bella,*
Y envanecida descuella
A los bordes de la fuente.

Sin los rayos de la Aurora
¿Qué fuera de su hermosura?
¿Quién la daba la frescura
Sino la fuente sonora?

La ingratitud, el desden
Su fragancia envenenaron,
Y las brisas la olvidaron
Al rodar por el Edén.

El Alba nace y la olvida;
La Fuente no la hermosea;
¡Ay de aquel que ingrato sea
Con los que le dan la vida!

Si algo, lectoras, que os cuadre
Hallais en mi pobre historia,
No aparteis de la memoria
La sombra de vuestra madre.

Dentro del alma inocente
Llevad mis palabras fijas;
No olvideis cual buenas hijas
La flor, la aurora y la fuente.

A LOLA.

¿No conoceis á Laura?
Selgas.

¿No conoceis á Lola? ¿vuestra mente
No os la finjió bajo la forma vaga
De una ilusion purísima y riente?
El fresco aroma de la blanda brisa
¿No os regaló el perfume de su boca
Cuando su dulce y virginal sonrisa
Al alma inspira y al amor provoca?
¿De su virgen pudor la nube pura
No vísteis que al carmin le daba enojos,
Y las estrellas en la noche oscura
No os hablaron mil veces de sus ojos?
¿De su tímida voz la melodia
Al llegar á vosotros, no os llenaba
De placer, de temor y de alegria

Cuando alegre en el viento se acercaba
Y trémula otra vez desparecia?

. . . .

¡Ah! si, la conoceis; porque en las horas
De la noche tranquila,
Sin luces, sin color y sin rumores;
Cuando entre sombras mil nuestra pupila
Resbala en sueños de aromosas flores,
Todos en impalpables oleadas
Hemos visto flotar vírgenes puras,
Angeles y visiones nacaradas
Que bajaron tal vez de las alturas
Al cielo por el alma arrebatadas,
Y si en esos verjeles de poesia,
De ese sueño en la mágica aureola,
La vírgen del amor os sonreia,
En esa vírgen conoceis á Lola.

DIEZ Y SEIS AÑOS.

Á LA LINDÍSIMA SEÑORITA DOÑA LAURA SARTORIUS.

Si yo tuviera los mil rumores
Que el manso viento deja en las flores;
Si yo pudiera, Laura, imitar
Lo que la brisa dice á la mar,
Lo que á la fuente las azucenas,
Lo que las olas á las arenas;
Si yo tuviera, cándida Laura,
La voz del cisne, la voz del aura,
Con cuánto anhelo te mandaria
Los pobres ecos del arpa mia,
Hoy que entre dulce placer profundo,
Sin amarguras ni desengaños,
Llenos de flores te ofrece el mundo
Diez y seis años!

Diez y seis años! la vida
Con su matiz mas risueño;
El cielo, el eden, el sueño
De nuestra infancia querida;

El piélago celestial
Donde bogando te ves;
El mundo visto á través
De un sonrosado cristal.

Edad que tu mente pinta
Con encantador hechizo
En los adornos de un rizo,
De una flor ó de una cinta.

Edad risueña y galana,
Que suele, niña, correr
Sin recordar el ayer
Ni pensar en el mañana.

Edad que en limpio reflejo
La contemplas, por fortuna,
A los rayos de la luna....
De la luna de tu espejo.

Años que con dulce afan
Tu virgen alma entretienen;
Alegres cuando se vienen
Y tristes cuando se van.

Laura querida,
Rosa de Mayo,
Lirio del valle,
Huerto sagrado,
Nube de aromas,
Sol sin ocaso,
Que iluminas, al fin, las llanuras
De nuestros campos.

Cual mariposa
Que en vuelo rápido
Tiende sus alas
Del lirio al nardo,
Asi atraviesas,
Llena de encantos,
El edén que te fingen tus bellos
Diez y seis años!

¡Ay, quién pudiera

Niña, pararlos;
Hacer eternos
Tus sueños cándidos;
Detener siempre
Su vuelo raudo,
Como Dios que detuvo entre arenas
Al oceáno!

Brillan tus ojos
Como dos astros;
Dulces sonrisas
Bordan tus lábios;
Sin que risueña
Pienses, acaso,
Que las risas nos cuestan mas tarde
Mares de llanto.

Mundos de rosa,
Sueños dorados,
Encantadores
Diez y seis años!
Cuán peregrinos
Van resbalando
Y cuan triste es decir al perderlos
Ay! ya pasaron!

Por eso, Laura,
Con pena esclamo:
¡Ay, quien pudiera,
Niña, pararlos,
Y haciendo eternos
Tus sueños cándidos
Detenerlos cual Dios á las olas
Del oceáno!

EN LA PRIMAVERA.

A FUENSANTA.

Ya viene, niña,
La primavera,
Ya el sol es claro,
La luz es bella,
El aire es puro,
Y en nuestra tierra
Embalsama la brisa el perfume
De las violetas.

Pronto, muy pronto,
Niña hechicera,
Contigo á solas
Libre de penas,
Entre esas flores

Que el Bétis riega,
Serás tu de gentil mariposa
La carcelera.

Los ruiseñores
De nuestras huertas;
Los arroyuelos
De nuestra sierra;
Los azahares
Que ya blanquean,
Para darte guirnaldas y aromas
Dios los despierta.

Cuánto te quiero,
Sol de mi tierra,
Niña del alma,
Blanca azucena,
Bien de mi vida,
Flor cordobesa,
Huerfanita de aquellas montañas,
Bendita seas!

Dime, amor mio,
Lo que tú piensas;

Dime si lloras,
Dime si sueñas,
Dime si el aire,
Blando te lleva
Los dolientes suspiros del alma
De tu poeta.

Del Manzanares
La triste vega
No tiene flores
Como las nuestras;
Pero mi alma,
Niña hechicera,
Todas, todas las flores que guarda
Te las conserva.

Bétis querido,
Tú que reflejas
De mis amores
Las flores bellas,
Dile á mi niña
Cuando la veas,
Que sin ella... y tan lejos, tan lejos
Muero por ella.

Entre el calor de vuestros dulces brazos;
Madres felices, que con ánsia loca
Del niño ante los cándidos sonrojos,
Al guardar los suspiros de su boca
Meceis su cuna y entornais sus ojos:
Decidme cuál sería
Vuestro dolor, de lágrimas cubierto,
Si al hijo aquel que os cautivaba un dia
Le vieseis como al Hijo de Maria
En una cruz ensangrentado y muerto.

Pensad en el cautivo
Que al doliente rumor de sus cadenas
Solo responde el aire fugitivo:
Alzad los ojos al dosel del cielo
Cuando la luz al espirar desmaya,
Y recordad el lúgubre desvelo
De los que gimen en desierta playa;
Llegad cansadas con dolor profundo
A recojer plegarias y suspiros
En el ronco estertor del moribundo;
Escuchad á una madre que se aterra
Viendo al hijo perderse entre los mares
Bajo el pendon sangriento de la guerra;

Y en la lucha mortal de la agonia,
Y del cautivo en el eterno llanto,
Y en la negra y fatal melancolía,
No hallareis un dolor que os hiera tanto
Como el dolor inmenso de Maria.

Escóndase la luz; la tierra impura
Envuelva sus montañas
Entre las sombras de la noche oscura;
Las crestas del Calvario
Perdidas guarde en su crespon sombrío
En luto de la noche funerario...!
En las rojas heridas desgarradas
La sangre brota y de correr no cesa;
Allí clava la Vírgen sus miradas,
Y por eso las nieblas apiñadas
Cubren la sangre con sú sombra espesa.
. . . .
. . . .
Madre de Dios, que ante la Cruz gimiendo
Velas al Hijo que te está llamando;
¿Quién sufre con martirio mas horrendo,
El Hijo que á sus pies te vé llorando,
O tú, que en una Cruz le ves muriendo?

En ásperos caminos desiguales,
En veredas oscuras,
En hondos y revueltos peñascales,
Están las huellas de tus plantas puras.
Subes del monte las torcidas faldas,
Y miras al cansado Nazareno
Con una Cruz que dobla sus espaldas.
Nadie llora tu ardiente desvarío,
Solo responden á tu triste acento
El ronco son del desmayado viento
Y del pueblo el salvaje vocerio.
Comprendo tu amarguísimo quebranto,
Comprendo, Virgen, tu dolor profundo,
Y sé que al borde del Madero Santo
Su sangre, confundida con tu llanto,
Es el Jordan que purifica al mundo.

Virgen, que brillas en el sol de oro
Que tiendes por las bóvedas azules
Y que derramas por el mar sonoro;
Tú, que diste sus tintas sonrosadas
A las auroras del abril serenas
Cuando pintan los valles y cascadas;
Tú, que la espuma blanca tornasolas

Dejando el iris en el aire impreso
Y haciéndolo brotar del casto beso
Que dió la luz en las dormidas olas;
Tú, del Calvario en la pendiente aislada,
Al rostro del Señor, la vista errante
Elevas con el alma traspasada.
Sientes la convulsion de su agonía
Y cuentas de su pecho los latidos;
Lloras del mundo la maldad impia,
Y no valen cien mundos redimidos
Una lágrima tuya, Madre mia.

. . . .

. . . .

En los altos pilares
De oscura catedral, allá en las sombras
Que envuelven sus magníficos altares;
En el templo divino
A cuya puerta como esclavo eterno
Se inclina siempre el Bétis cristalino;
Allá en el templo de la pátria mia,
De incierta luz las bóvedas bañadas,
Yo, Virgen, cuando niño te veia
Mientras mi madre, trémula, gemia
De aquel altar en las desiertas gradas.

«Reza y llora,» me dijo,
Y aun el llanto mis párpados enciende
Postrado ante los pies del Crucifijo;
Porque á una Madre que perdió á su hijo,
Quién mejor que otra madre la comprende!!

Se acerca ¡oh Virgen! el fatal momento;
La luz del sol, que entre las nubes arde,
Se estingue como el rayo macilento
Con que pinta el crepúsculo la tarde.
Se estremece la Cruz; ¡Madre! te grita,
Y el grito santo los espacios llena;
Se pierde entre la bóveda infinita
Y tu pecho palpita
Cual la ola del mar rota en la arena.
Espira el Redentor; rasgan su velo
Del templo los magníficos altares;
Tiemblan los montes; se ennegrece el cielo,
Y al redoblarse tu penoso duelo
Lloran contigo los profundos mares.

De la Cruz desprendido
Muerto le ves en tus amantes brazos
Con sangriento sudario revestido!

Y ruedan de tu llanto los raudales
Por los cárdenos surcos que formaron
Sus heridas mortales;
Y vivo te lo finge el desvarío...
Lo vuelves á estrechar, y al estrecharle
Te hiela el mármol de su lábio frio.
Sola con El y triste cual ninguna
Sus ojos muertos á la luz cerrabas
Recordando las horas de la cuna
Cuando en sus ojos bellos te mirabas!
Y vuelves á llorar, y tu cariño
En éxtasis tristísimo no advierte
Que el sueño aquel que te recuerda el niño
Es el sueño profundo de la muerte.

. . . .

. . . .

Desierta está la cumbre del Calvario,
Y el aura errante con incierto giro
Recoge en su murmullo funerario
El trémulo rumor de tu suspiro.
De tus lágrimas puras
Séquense ya los férvidos torrentes,
Porque pronto las bóvedas oscuras
Olas de luz derramarán ardientes.

Silbando se retuerce por la tierra
Vencida la serpiente del pecado,
Y romperá la tumba que lo encierra
El cuerpo de Jesus crucificado.
No recuerdes las horas
Que á los pies de la Cruz, Virgen del alma,
Rodaron para tí desgarradoras;
No vibre ya de tu dolor el rayo;
No ya con delirante desvario,
Ni entre las penas de fatal desmayo,
Como aurora dulcísima de mayo
Viertan tus ojos celestial rocío.
Aléjate del suelo
Donde ya tu esperanza se derrumba,
Y espérale en el cielo
Con los ojos clavados en su tumba.
Cese ya tu tristísima agonia,
Cesen tus melancólicos gemidos;
Lloras del mundo la maldad impia,
Y no valen cien mundos redimidos
Una lágrima tuya, Madre mia.

EL ORIENTE.

Régio alcázar del sol, cuna del dia,
Dorado albergue de colores lleno,
Rojo fanal, en cuyo ardiente seno
Se pierde el manto de la noche umbría.
Pueblen tus rayos la region vacia,
Luzcan tus tintas en el bosque ameno;
Abrillanta el arroyo que sereno
Besa la flor de la esperanza mia.
Al estender tus límpidos colores,
Que el ruiseñor en su cantar pregona,
Los campos te saludan con sus flores;
El ronco mar tus perlas ambiciona,
Y tus bellos magníficos fulgores
Tienen al sol por inmortal corona.

TU MIRADA.

Son muy hermosos los tules
Que velan su faz riente;
Tiene muy pura la frente,
Y los ojos muy azules.

Ama con el dulce anhelo
De un alma limpia y serena;
Ama... como la azucena,
Flor que nace para el cielo.

Sonrie..... tiene rubor,
Suspira..... gime apartada;
La virgen enamorada
Es el ángel del pudor.

Juega por sus hombros bellos,
Cual riquísimo tesoro,
La catarata de oro
De sus hermosos cabellos.

Las cuerdas de mi laud
Vibran con dulce armonía;
¿Y quién no las pulsaria
Para cantar la virtud?
....
....

En su amoroso delirio
Abre la niña sus ojos;
Despliega sus lábios rojos
Como su cáliz el lirio.

De los amores la llama
Hervir en su pecho siente,
Y de la niña inocente
Nace la vírgen que ama.

Vírgen que en mágicos tules
Envuelve divina esencia;
¡Cuánto brilla la inocencia
en unos ojos azules!

Ojos que al romper el velo
Donde la niñez dormia,
Pintó la melancolia
Con los colores del cielo.

¿Qué me importan las chispas abrasadas
De negros ojos, contemplando en ellos
Las pupilas arder enamoradas,
Si no hay ojos dormidos, niña mia,
Ni mirada serena
Cual la mirada tuya, siempre llena
De dulce y virginal melancolia?

Si del alma el reflejo
Tiene en los ojos trasparente espejo;
Si el alma que tristísima suspira
En los ojos se mira;
Si con tranquila y perezosa calma
Sale á los ojos el color del alma,
Dios quiso en dulce y amoroso anhelo
Al lanzarte del mundo á los abrojos,
Vestirte el alma de color de cielo,
Y por eso es azul el limpio velo
Que copia el alma en tus azules ojos.

Yo he visto el rayo con que apenas arde
En la neblina oscura
El último lucero de la tarde;
Yo he visto sobre el rio
Elevarse en vapor hasta la altura
La blanca nube que lloró el rocio;
De la luna naciente
He visto descender la luz de plata
A dormirse en la fuente
Cuyo cristal movible le retrata;
Mas ni la noche que entre nieblas llora,
Ni las estrellas al brillar tranquilas
Ni lucero, ni fuente bullidora,
Tienen la languidez fascinadora
De tus azules cándidas pupilas.

Mirada que en mis sueños adivino
Y en éxtasis adoro;
Mirada cuyo rasgo peregrino
Dibuja un ángel con pincel de oro.
Mirada pura, angelical, tranquila,
Crepúsculo indeciso que desmaya
Entre la niebla azul de tu pupila,
Mirada seductora,

Mirada triste, que sin ecos gime
Y sin lágrimas llora,
Mirada de consuelo
Concedida á la cándida doncella
Para mirar al cielo
Y el alma al cielo remontarse en ella!

Mírame asi, con dulce desvario
Entre las nubes del rubor velada;
Si tanto y tanto tu mirada ansío
Concédeme, amor mio,
La refulgente luz de tu mirada.

TU Y YO.

Vendrán sin doliente queja
Horas que el alma soñó,
Al pie de la reja.... yo
Y tú.... detrás de la reja.

Vendrá el aire que pasaba
Cantando nuestra fortuna;
Vendrá.... la dormida luna
Que tu frente blanqueaba.

Vendrá la noche desierta
Con su dulce desvario;
Vendrá el murmullo del rio
Que corre junto á tu puerta.

Vendrá el tiempo que pasó
Coronado de alegria,
Y vendrá en fin, alma mia,
Lo que sabemos tu y yo.

A LAURA.

Ni el primer vago reflejo
Del alba que se sonroja;
Ni el clavel que se deshoja
De la fuente en el espejo;

Ni el ave que vuela y canta,
Rizando el viento sus plumas;
Ni los collares de espumas
Que el sol rompe y abrillanta;

Ni el recuerdo del hogar
Que viene el alma guardando;
Ni las estrellas bordando
Los cristales de la mar;

Ni las palomas, ni el aura
Que roba á la flor su hechizo,
Valen lo que vale un rizo
De los cabellos de Laura.

Laura, te miran y admiras,
Y te envidian las mujeres;
¡Si vieras qué hermosa eres
Sin mirar y cuando miras!

En tus ojos, sin enojos,
Flotan del candor los tules;
No son ni negros ni azules;
Y sin embargo, ¡¡qué ojos!!

Eres la rosa del valle
Que vive con dulce calma;
No hay alma como tu alma,
Ni junco como tu talle.

Eres el blanco jazmin
Cuyos pálidos colores
Son envidia de las flores
Que nacen en tu jardin.

Nunca tu frente se ciña
Con la sombra de las penas;
Tú, que entre las niñas buenas
Eres la cándida niña.

Tú, que vives al rumor
De blandas brisas suaves:
Que cantas como las aves,
Que tiemblas como una flor.

Tú, que eres la rosa pura
Que enjendraron con su aliento
El céfiro del talento
Y el aura de la hermosura.

Lago de hermoso raudal
Donde la virtud alienta,
¡Nunca enturbie la tormenta
Tu purísimo cristal!

¡Nunca el cielo á donde subes
Te cubra con triste velo!
¡Nunca de tu vida el cielo
Se empañe con negras nubes!

Hoy, Laura, soñando estás;
Vive siempre adormecida;
Mira, Laura, que la vida
Es un sueño nada más.

Mira que estás en la aurora
Del candor y del cariño;
Mira que el sueño del niño
Como el aire se evapora.

Mira que puedes llorar
Sin tu existencia temprana,
Y si despiertas mañana
Querrás volver á soñar.

Nunca tu frente se ciña
Con la sombra de las penas,
Tú, que entre las niñas buenas
Eres la cándida niña.

EL DIA DE DIFUNTOS.

EN LA INVASION DEL CÓLERA.

Hoy canta la humanidad
Del mundo en la pompa vana
Ese terrible ***Mañana***
Que flota en la inmensidad;
De medrosa soledad
Miro la muerte á través,
Y de un sepulcro á los piés
Hoy descuelgo el arpa mia,
Como la rama sombría
Que se arranca del ciprés.

Ronco y fúnebre laud,
Que exhalas gritos de llanto;
¡Cuán triste suena tu canto
Al borde del ataud!
De tus cuerdas la virtud
Trueca el canto en oracion,
Y de tan lúgubre son
Se arrastra doliente el eco,
Cruzando de hueco en hueco
Los muros del panteon.

La ermita, el monte, la cruz,
La luna que apenas arde;
El sol, que esconde en la tarde
El desmayo de su luz;
Todo en su denso capuz
La noche lo va encerrando;
Y mientras que van pasando
Tantas visiones oscuras,
Detrás de las sepulturas
Está la muerte acechando.

Hoy en negros panteones
Va la humanidad cansada,
Llorando sobre la nada
De muertas generaciones.
Vuelan santas oraciones
Por los aires fugitivos;
Y de sus penas cautivos,
Y de lágrimas cubiertos,
Bajo el cráneo de los muertos
Llegan á pensar los vivos.

Allá en la mansion desierta,
Hijo de un alba sombria,
De la muerte el triste dia
En las tumbas se despierta.
La luz palidece incierta
Cual lámpara sepulcral;
Y entretanto el vendabal,
Allá en la ermita lejana,
No arrastra de la campana
El gemido funeral.

No corre el pueblo sombrio
Que en su hogar doliente reza,
Como en valle de tristeza
Corre macilento rio.
No adorna el sepulcro frio
Con fantástico oropel;
No busca en raudo tropel
De la muerte el mundo inerte:
Hoy, la sombra de la muerte
Viene á visitarlo á él.

Canta, pueblo, en otro altar
Tu súplica funeraria;
Eleva á Dios tu plegaria
Desde el fondo de tu hogar.
No intentes, no, traspasar
De las tumbas el misterio;
En lóbrego cautiverio
Sigue oculto suspirando,
Que hoy la muerte está guardando
Las puertas del cementerio.

No es esa muerte atrevida
Que del mundo en la corriente
Nos arranca frente á frente
El aroma de la vida.
No es la muerte adormecida
Que perfuma la oracion;
Muerte de resignacion
Que sola en nuestro retiro
Nos roba el postrer suspiro
Con besos de religion.

No es el mar que en ronco grito
Hirviendo en opacas brumas,
Guarda en montañas de espumas
El volcan del infinito.
No es el fantasma maldito
Que en el sueño nos aterra;
No es la sangre ni la guerra
Que palpitan sobre el mundo,
Ni el torpe reptil inmundo
Que arrastra polvo en la tierra.

Es la muerte que abrasada
Con fétido aliento impuro
Mancha del Ganges oscuro
La corriente emponzoñada;
Es lágrima envenenada
De Satanás desprendida;
Es la ráfaga encendida
Que con sus alas traidoras
Va trastornando las horas
En el reló de la vida.

Mas ¡ay! como el mar sepulta
En su abismo la tormenta;
Como el huracan que alienta
En los espacios se oculta;
Como la montaña inculta
Quebranta su poderío,
Así tú, mónstruo bravío
Por los mundos tropezando,
Al abismo vas rodando
De tu sepulcro sombrio.

Si, que con vuelo fecundo,
Léjos de estéril desmayo,
Franklín arrebata el rayo,
Colon arrebata un mundo.
Asi de tu aliento inmundo
Se arrebatará la esencia;
Y libre de tu presencia
Uno y otro continente,
Irás á esconder tu frente
En la tumba de la ciencia.

El asilo abandonado,
Las quejas y los clamores,
El árbol de los amores
Por el Mónstruo arrebatado;
El ciprés acongojado,
Centinela del hogar;
La compasion, el altar
Que inspira dulce misterio...
Ese es hoy el cementerio
Donde vamos á rezar.

Ni cintas, ni flores bellas,
Ni símbolos, ni memorias,
Ni lámparas mortuorias
Que son de la tumba estrellas.
Ni una flor deja sus huellas
Sobre sus sepulcros yertos;
Suenan lúgubres conciertos
Con murmullos aflictivos,
Y apenas caben los vivos
En la mansion de los muertos.

Hoy sus ecos virginales
Mi lira hasta Dios levanta,
Mientras que la muerte canta
Nuestros mismos funerales.
Las campanas sepulcrales
Callan su triste oracion;
No arrastran su ronco son
De los aires por las olas,
Y quedan doblando á solas
Mi desierto corazon.

ELLA ES ASÍ!

—¿Por qué cuando te miro sin enojos,
Y me voy hácia tí,
Bajas al suelo tus tranquilos ojos?
—Porque *yo soy así.*

—¿Por qué cuando desplegas entre agravios
Tus lábios de rubí,
Cárdenos tiemblan tus amantes lábios?
—Porque *yo soy así.*

—¿Por qué al mirarme con callado anhelo
Te separas de mí,
Y reclinas la frente en tu pañuelo?
—Porque *yo soy así.*

—¿Y por qué no me miras cual te miro
Cuando me miro en tí,
¿Y por qué no suspiras cual suspiro?
¿Y por qué *eres así?*

—Porque en el alma mis amores llevo;
Porque los guardo allí;
Porque quiero mirarte y no me atrevo;
Porque *yo soy así.*

Mi corazon frenético la adora
Y ella me adora á mí;
Yo soy el trovador que la enamora
Y la niña *es así.*

Sus mejillas rosadas y serenas
Se tiñen de carmin,
Porque en las niñas cándidas y buenas
El rubor *es así.*

Tambien hay una flor que se intimida
Ante el aura sutil;
Tambien entre las yerbas escondida
La violeta *es así.*

Por eso la que guarda mis amores
Tiembla muda ante mí;
Porque así son las niñas y las flores
Y mi niña *es así*!

LA NOCHE.

Á MI QUERIDO AMIGO EL LAUREADO POETA SR. D. RAFAEL GARCIA LOVERA.

Allá en su alcázar brillante,
Del espacio en lo profundo,
Vió Dios palpitar el mundo
Bajo su planta jigante.

Vió romperse cristalinas
Del mar las ondas desiertas,
Y vió de flores cubiertas
Las frentes de las colinas.

Vió sobre las ondas puras
Rodar el viento sonoro,
Y en cataratas de oro
Bordar el sol las alturas.

Miró tras la cumbre brava
Que azotan los huracanes,
Retorcerse los volcanes
Entre torrentes de lava.

Vió roto el cáuce del rio
Que entre rocas se derrumba;
Lo vió morir en la tumba
Del mar que canta bravio.

Vió los torrentes de plata
Copiar sonoros el cielo,
Y desde la nube al suelo
Hundirse la catarata.

Vió los montes virginales
Vestirse nevados tules,
Y allá, entre franjas azules,
Las auroras boreales.

Vió nubes de mil colores
Rotas poblar el vacio,
Y vió temblando el rocio
En el seno de las flores.

Pájaros vió entre azahares
Cantar en alegre juego,
Y como puente de fuego
Pintar el íris los mares.

Y Dios, al ver palpitar
Tantos mundos en tropel,
Para contemplarlo á *Él*
Quiso otro mundo crear.

Y escondiendo el áureo broche
Del sol que brota fecundo,
Hizo meditar al mundo
Con la calma de la noche.

Y por eso el hombre, en pos
De dulce, ardiente plegaria,
En la noche solitaria
Vé la grandeza de Dios.

EL PRIMER BESO.

En el cielo la luna sonreia,
Brillaban apacibles las estrellas,
Y pálidas tus manos como ellas
Amoroso en mis manos oprimia.
El velo de tus párpados cubría
Miradas que el rubor hizo mas bellas,
Y el viento á nuestras tímidas querellas
Con su murmullo blando respondia.
Yo contemplaba en mi delirio ardiente
Tu rostro, de mi amor en el esceso;
Tu reclinabas sobre mí la frente....
Sublime languidez! dulce embeleso,
Que al unir nuestros lábios de repente
Prendió dos almas en la red de un beso.

DOS ANGELES.

Á LA DISTINGUIDA POETISA SEÑORA DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR

EN LA TUMBA DE SUS DOS NIÑOS.

> Duermen el sueño de la eterna vida
> dos ángeles que huyeron de este suelo.
> ¡¡Duermen en paz!! en tanto dolorida
> de angustia el alma y de dolor partida,
> sus padres lloran con acerbo duelo.
>
> (FAUSTINA SAEZ DE MELGAR, *en el epitafio de sus niños.*)

Esa luz quebrada, oscura,
Ese fúnebre misterio
Que envuelve del cementerio
La escondida sepultura;

Ese mármol, roca inerte,
Sello de generaciones,
Esos negros pabellones
Del palacio de la muerte;

Esos sauces, esas luces
Que son de la tumba estrellas,
Esas enlutadas huellas
De lámparas y de cruces;

Esos cárdenos reflejos
De la luz de la mañana;
Ese son... esa campana
Que está llorando á lo lejos;

Ese sol que apenas arde,
Esas flores que suspiran,
Esas plegarias que espiran
En los vientos de la tarde;

Esa música sonora
De los cipreses alzados;
Esos ecos desgarrados
Del pueblo que reza y llora;

Ese fantástico velo
De las tumbas olvidadas,
No entristezcan tus miradas
Que están fijas en el cielo

Tú miras las blancas nubes
Que envuelven matices rojos,
Y allí contemplan tus ojos
El mundo de los qüerubes.

Hoy, cuando empiece á rayar
El sol, con triste misterio,
No vengas al cementerio
Para gemir ni llorar.

Eres madre, tu memoria
Tal vez llore su cariño,
Pero el sepulcro de un niño
Es la puerta de la gloria.

Sepulcro que guarda Dios
Desde sus mundos rientes;
Sepulcro donde inocentes
Están durmiendo los dos.

Sepulcro donde en su vuelo
Aromas el viento exhala;
Sepulcro, en fin, que es la escala
Para remontarse al cielo.

EL AGUILA.

A MI QUERIDO AMIGO EL INGENIOSO POETA SR. D. JOSÉ JOVER Y PAROLDO.

Aguila! donde vas, detén tu vuelo;
Tú que desprecias en tu audacia loca
El esqueleto inmóvil de la roca
Para envolverte en el dosel del cielo.
Tú, que sobre ese risco
Dó te asientas tranquila,
Valiente clavas en el áureo disco
Del abrasado sol tu ancha pupila.
Tú, que te pierdes en las negras brumas
Que arroja el mar de su hervoroso seno,
Que bebes del arroyo las espumas,
Que te corona el trueno;
Que con ardientes brios
Vences á los soberbios huracanes;
Que son arroyos para tí los rios

Y terror no te inspiran los volcanes;
Tú, que al pie del Señor tu canto exhalas,
Y al son de la tormenta bramadora
Quemas en el relámpago tus alas;
Tú, que subes y subes
Y rompes con tus alas poderosas
El denso velo de las pardas nubes;
Oye mi voz, la lira descompuesta
Que ya sus notas apagado habia,
Ha vuelto á resonar al admirarte;
Mi ardiente fantasía
En entusiasmo hierve al contemplarte,
Y raudales de mágica poesia
A torrentes me dá para cantarte.

Tú sola el vuelo emprendes
Con magestuoso brío
Cuando en los aires rápida te estiendes;
Tú publicas de Dios el poderio,
Tú intrépida y gozosa te levantas
Desde el monte á los célicos espacios;
Tú miras con desden bajo tus plantas
Mundos, tumbas, vergeles y palacios;
Tú en los bosques magníficos te internas

Donde arroyuelos mil, bullen inquietos,
Tú de las rudas cóncavas cavernas
Sorprendes los recónditos secretos;
Tú, en la frente del Cáucaso gigante
Libre saludas á la blanca aurora;
Tú sobre el trono de la brisa errante
A otros mundos te subes vencedora;
Brisa sutil que con tu vuelo abrumas,
Y que contigo luchará violenta
Cuando rices intrépida tus plumas
Al éco de la bárbara tormenta.

Reina del aire junto al sol resbalas,
Clavas tus ojos en el sol fecundo
Y van cubriendo tus flotantes alas
El panorama espléndido del mundo.
Sí, para tí desde la inmensa altura
Serán los montes arenosos granos,
Un rincon de verdura
Los pensiles alegres y lozanos;
Una flotante perla de rocío
El piélago bravío;
Y los pequeños míseros mortales
Pobre hormiguero que sin rumbo rueda

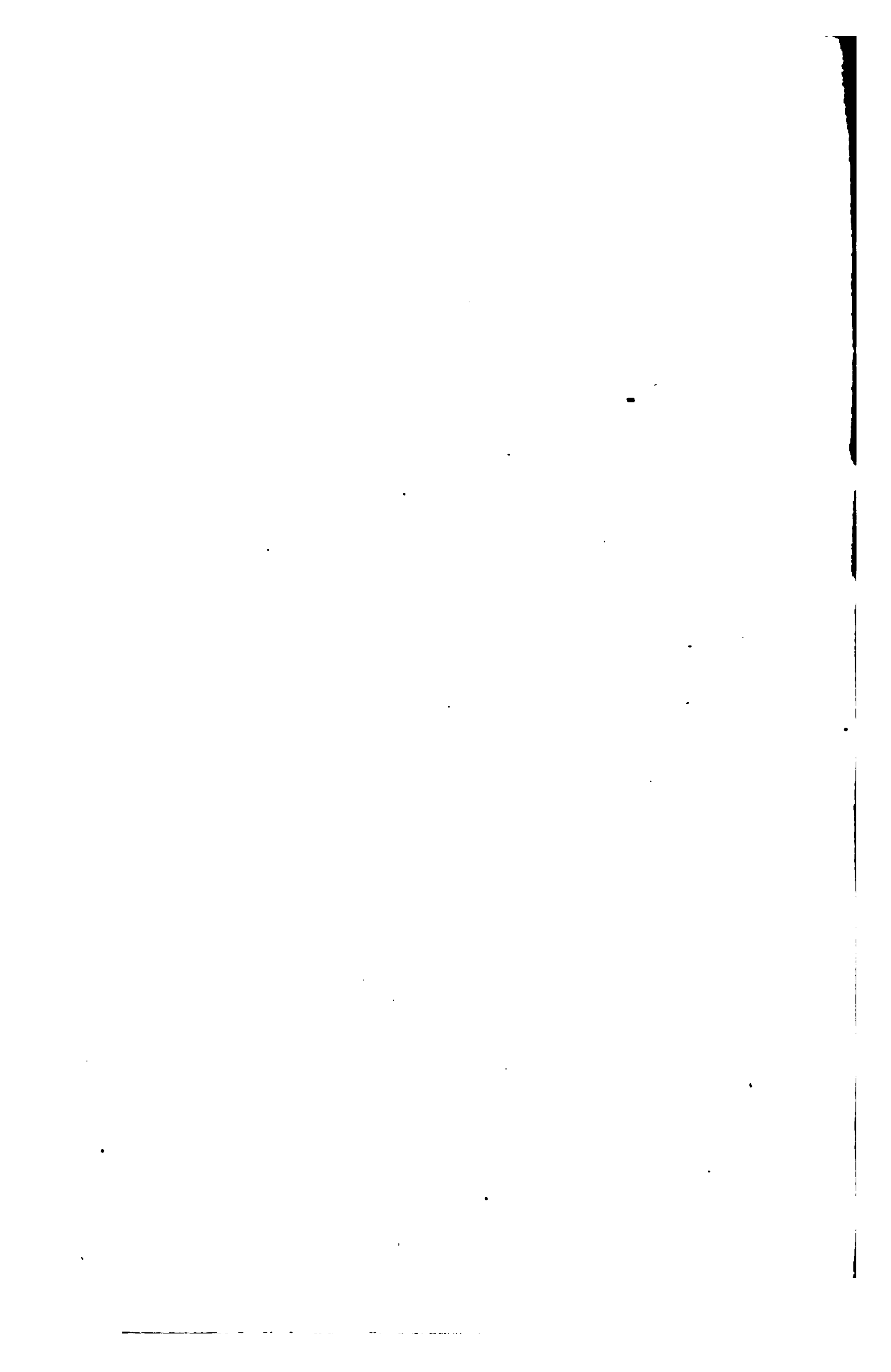
En torno de una tumba que remeda
Sus lúgubres y tristes funerales.

Sola en la inmensidad; oyendo el éco
Del huracan rugiente que se oculta
De las montañas en el fondo hueco,
Yo te miro subir; las nubes bellas
Parece que te envuelven en sus tules;
Alfombras son de tus etéreas huellas
Sus penachos azules;
Cuán hermosa te agitas
En ese mar magnífico y estenso;
Cuán ligera y gentil te precipitas
Por ese golfo inmenso!
Ya te ocultas, ya vuelves, ya despacio
Bordas el horizonte;
Tu mundo es el espacio,
Tu corona es el sol, tu trono el monte.

Trémulas rugen en el mar las olas
De sus blancas espumas
Rompiendo las hirvientes aureolas:
Los abismos profundos
Suenan al palpitar bajo las aguas

Como el ronco concierto de los mundos.
Del espacio en los cárdenos colores
Libres arrastran las umbrosas nubes
Sus melenas flotantes de vapores;
Crece la mar, y crece, y se agiganta,
Hincha convulsa el palpitante seno
Y el águila entre tanto se levanta
Y como génio de los aires canta
Al ronco son del huracan y el trueno.

Ni la verde palmera
Que en el desierto hasta la nube arroja
Su fértil cabellera;
Ni el árbol regalado
Que en los jardines del harem cobija
Los ensueños del árabe cansado;
Ni las rocas que al beso de los mares
Son en los horizontes
Imágenes altivas de los montes,
Del infinito lóbregos altares,
Pueden servir de pedestal bravío
Al águila magnífica en su vuelo;
La corona del Aguila es el cielo,
Su pedestal los mundos del vacio.



EN EL ALBUM

DE LA SEÑORA BARONESA DE FUENTE DE QUINTO.

Cuando en velos de sombras se perdian
Del rojo sol los últimos colores,
En un verde pensil, cuna de amores,
Vuestros hijos, Señora, sonreian.
Mis ojos con ternura les veian
Cual leves mariposas entre flores,
Y al mirar sus hechizos seductores
Así mis lábios con afan decian:
¡¡Quién os dió la pureza que rebosa
Por vuestro rostro cándido, inocente!!
¡¡Quién la modestia, la virtud preciosa...!!
Y el eco murmuraba dulcemente;
«Vuelve los ojos á su madre hermosa
Y de esas prendas hallarás la fuente.»

EL NACIMIENTO DEL SEÑOR.

Cuando la tarde espira
En brazos del crepúsculo,
Como la luz exánime
Que muere ante un sepulcro;
Cuando del lago surgen
Tristísimos murmullos
Y lloran las montañas,
Y el aire gime oculto,
Me acuerdo, madre mia,
De aquellos besos tuyos,
De aquellas horas cándidas,
Que en nuestra pátria juntos,
Mirábamos el cielo,
Y en tu regazo puro

Soñaba con los ángeles,
Soñaba en otros mundos!
Hoy, madre, que estás léjos
El alma está de luto;
Tú me llamas, de léjos, madre mia,
Y yo, madre del alma, no te escucho.

II.

Ya viene por las montañas,
Llena de tristes cantares,
La noche de los hogares,
La noche de las cabañas.

Ya resbalan los rumores
Del pueblo que se alboroza;
Ya dejan la humilde choza
Con júbilo los pastores.

Se regocija la aldea
Y ya en la torre bendita
Que se levanta en la ermita
Una campana voltea.

Cuando espléndido sepulte
El sol la luz con que arde
Y la estrella de la tarde
Sus tristes rayos oculte,

Besará la blanca luna
Sola en la region vacía
El portal donde dormia
El niño-Dios en su cuna.

Irá vertiendo su luz
Con resplandor funerario
Desde Belen al Calvario,
Desde el Calvario á la Cruz.

Y del espacio en la frente
Con tibios fulgores vagos,
El lucero de los magos
Brillará puro en Oriente.

Y el pastor en su cabaña,
En las flores el rocío,
En sus arenas el rio
Y la alondra en la montaña,

Con puro y ardiente anhelo,
Con amor santo y profundo
Bendecirán en el mundo
Al rey del mundo y del cielo.

III.

Una roca desierta
Es la mísera puerta,
La puerta del alcázar del pastor;
Y tú, pastor, que por el monte bajas,
En pobre cuna de doradas pajas
Contemplarás la imágen del Señor.
Ofrécele la miel de tus panales
Que fabricaron las abejas fieles
Al libar los floridos naranjales;
Ofrécele tambien cándidas pieles
Para cubrir sus formas virginales.
Llévale tus corderos,
Perfuma su vellon con los aromas
Del tomillo que nace en tus oteros;
Llévale las blanquísimas palomas
Que tienen su dosel en tus romeros.

IV.

De la luna los rayos
Pintan las aguas,
En el cristal ruidoso
De las cascadas;
¡Niño que duermes,
En la luna que sale
Miro tu frente!

Dos luceros despiertan
Como dos flores,
En el jardin flotante
Del horizonte;
¡Ay niño hermoso,
En esos dos luceros
Miro tus ojos!

Las olas en las playas
Al estrellarse,
Dejan sobre la arena
Rojos corales;
¡Niño adorado,
En los corales rojos
Miro tus lábios.

El sol sobre los aires
Brota sereno,
Como un enrojecido
Mundo de fuego.
¡Niño del alma,
En ese sol que brilla
Miro tu cara!

V.

Melancólica zagala,
Tan blanca como el armiño,
Llena de donaire y gala,
Vuela, y con tu voz regala
El primer sueño del niño.

Ligeras, cándidas brisas,
Que vais errantes meciendo
A las flores indecisas;
Id á beber las sonrisas
Del niño que está durmiendo.

Dulcísimos ruiseñores
Que llorais en la enramada;
Id, en tropel de colores,
A cantar en la morada
Del Señor de los señores.

Sí, porque al romperse el velo
Del gran misterio fecundo;
Al nacer Dios en el suelo,
Se viste de gala el mundo
Y abre sus puertas el cielo

LA ADELFA Y EL LAUREL.

A MI DISTINGUIDO AMIGO EL SEÑOR DON JOSÉ BISSO.

En un frondoso vergel
Que abril de flores bordaba,
Gallardo se levantaba
Un magnífico Laurel.
Del follage entre el dosel
Una Adelfa se veia,
Y me han contado que un dia,
Cerca el sol del Occidente,
Dobló la Adelfa su frente
Y así al Laurel le decia:

«Cuando dibuja la aurora
El altar de la mañana
En tu frente soberana
Raudales de perlas llora.
Libre la fuente sonora
Por verte ante tí se extiende;
De los vientos te defiende
La altivez de tu apostura,
Y tu soberbia hermosura
Sólo el génio la comprende.»

«Yo, de flores coronada,
Tambien hermosa nací,
Y en estos vergeles fuí
De las flores envidiada.
Cubre mi fresca enramada
Lirios y camelias rojas;
El céfiro sus congojas
Me cuenta al abrir las flores,
Y sólo por tus amores
Gimen mis dolientes hojas.»

«Ven, y las mieles apura
Que mis ramos te darán,
Mientras mis suspiros van
A perderse en tu verdura.
Entre la opaca espesura
Tu imágen gallarda admiro;
Si hasta tu hermoso retiro
Pudieron llegar mis penas,
Con esas brisas serenas
Devuélveme mi suspiro.»

Quedóse el Laurel suspenso;
El aura lo acarició,
Y con orgullo aspiró
Del falso arbusto el incienso.
En el horizonte inmenso
Aureas luces resbalaron;
Los céfiros murmuraron
Ocultos en el vergel,
Y la Adelfa y el Laurel
Sus corazones juntaron.

Mas dicen que al otro dia,
Cuando la aurora nació,
Al pobre Laurel lloró
Que ya marchito moría.
¡¡La amarga Adelfa mentia!!
Besaba el Laurel su seno,
Y no vió que estaba lleno
De falsedad y amargura!.....
¡¡*Cuántas veces la hermosura*
Es el disfraz del veneno!!

LA MUERTE DE JESUS.

Á MI AMIGO EL DISTINGUIDO POETA SR. BARON DE FUENTE DE QUINTO.

Detente, humanidad; póstrate, mundo;
El Dios inmenso que en el sol se asienta;
El que hace hervir al piélago profundo
Con el soplo voraz de la tormenta;
El que brilla magnífico y sereno
Sobre las cumbres del azul palacio,
Y de grandeza lleno
Esclaviza á la mar y acalla el trueno
Tendiendo el iris por el ancho espacio;
El que pobló de estrellas
Su rico edén, cual refulgente coro,
Adornando con ellas
Del firmamento las alfombras bellas,
Como en azul jardin flores de oro;

El Hijo de María,
Pendiente de una Cruz y ensangrentado,
Del pueblo entre la ronca gritería,
Turbando el mar y oscureciendo el dia,
Acaba de morir crucificado.

Humíllate, mortal: la sangre pura
Que hirviente corre y en la Cruz gotea,
Hierve tambien en tu conciencia oscura;
Póstrate y calma tu dolor profundo,
Tu triste error y tus pecados llora,
Vierte llanto fecundo,
Que hasta la inmensa redondez del mundo
Es pobre altar para el que á Dios adora.
Abre á la fé cual rico santuario
Tu corazon doliente;
La sangre de Jesus desde el Calvario
Irá rodando á salpicar tu frente;
Dobla la altiva sien; rómpase el grito
De tu inmenso dolor, y avergonzado
Haz que se borre, ante la Cruz postrado,
La mancha de tu bárbaro delito.

Con pabellon de nubes enlutada

La bóveda del cielo aparecia
Y en la tierra, de crímenes preñada,
La sangre del Señor corre mezclada
Con las lágrimas puras de María.
El mar levanta furibundo grito,
Ruge el abismo entre su fondo oscuro,
Y cual sordo volcan del infinito
El cráter rompe de su inmenso muro.
Quien ¡Ay! descubre su insondable arcano!
Quien su cólera enfrena,
Si está enclavada la potente mano
Que humilló la altivez del Occéano
Con leve cinta de menuda arena!!

Gimiendo el aura vá de risco en risco,
Y de tristeza lleno
Sepulta el sol su refulgente disco
Al eco ronco de la voz del trueno.
Pálida sobre el Gólgota la luna
Apaga sus medrosos resplandores,
Y en el valle gentil, de flores cuna,
Tiemblan de horror las moribundas flores.
En los azules velos dilatados
No brillan las estrellas;

Y cómo han de brillar, si están cerrados
Los ojos adorados
Donde su blanca luz bebieron ellas!!

Como niebla flotante
Que del seno del mar trémula sube,
Blanca bordando, convertida en nube,
De los espacios el dosel brillante;
Como el suspiro temeroso y vago
Que arranca el viento al declinar el dia
Del bosque melancólico y del lago;
Como la débil voz desgarradora
Que en el hogar del trovador doliente
Despide un arpa que temblando llora,
Así con dulce y apacible calma,
En éxtasis de amor adormecida,
Hoy á los cielos se levanta el alma
Lejos de las tormentas de la vida.

Señor, tu cabellera
Es el rayo del sol; tu régia planta
Al recorrer los mundos de la esfera
Polvo de estrellas sin cesar levanta.
Tu mirada es la luz con que ilumina

El rosicler del iris las alturas;
Tu plegaria es la tarde que declina
Por las desiertas bóvedas oscuras.
Tú revistes de púrpura y de plata
El denso cortinaje de la bruma,
Y desplomas la ronca catarata
Con los doseles de su blanca espuma.
Nubes de azul, de rosa y de amaranto
Pintan los aires de tu eden fecundo,
Y en cada pliegue de tu augusto manto
Despierta un sol y se levanta un mundo.

¡Y tú vas á morir! Vuelquen los mares
Sus turbias ondas en terrible guerra,
Devorando los senos de la tierra
Y subiendo del sol á los altares.
Quebrántense los pueblos dilatados
Al grito de las aguas cristalinas;
Húndanse por los aires dibujados
Esqueletos de torres levantados
En pedestal de lóbregas ruinas;
Esconda el sol sus rayos refulgentes
De eterna noche en el abismo yerto,
Y torcidas cadenas de serpientes

Arrastre el hombre en áspero desierto,
Antes que en medio de la Cruz sagrada,
Y del viento á los fúnebres cantares,
Espire el que en las sombras de la nada
Hizo rodar los mundos y los mares.

¡Y has de morir! Las riendas de tu mano
No detendrán entonces la carrera
Del indómito y bárbaro Occéano;
No flotará en los aires la bandera
De los rayos del sol; los huracanes
Romperán los abismos de los montes
Donde tienen su cárcel los volcanes.
Se arrastrarán con ímpetu bravío
Torciendo el cáuce y hácia atrás rodando
El golfo hirviente y el revuelto rio.
Vas á morir: levántanse las nubes,
Cual un suspiro del callado suelo,
Y gimen como voz de los querubes
Las arpas de las vírgenes del cielo.

Dejad que el viento por el mundo ruede;
Que el mundo se estremezca en su ruina;
Es porque el mundo sostener no puede

El peso santo de la Cruz divina.

Vedle subir la fúnebre garganta
Del seco peñascal; mirad las rocas
Partirse con la sangre de su planta;
Contemplad tras el lóbrego horizonte
El sudario de nieblas que se agita,
Y ved alzarse en el augusto monte
El cadalso de un Dios, la Cruz bendita.

¡Piedad, Señor! La plebe turbulenta
En ronca y destemplada algarabía
Con sorda calma tus suspiros cuenta,
Observando en tu faz amarillenta
Descomponer tu frente la agonía.
Los vientos perezosos de la tarde
Enjugan el sudor ensangrentado,
Que gota á gota en tus mejillas arde:
Mudo tropel de errantes golondrinas
Te cubre con sus alas,
Y arranca de tu frente las espinas.
Vas á morir, Señor! cárdena espuma
En hilo frágil por tu lábio ondea!
¡Cuánta fatiga tu semblante abruma

Y cuánta sangre de la Cruz gotea!
Inclínase tu frente dolorida
Y la luz de tus ojos te abandona,
¡A tí, que en la mañana de la vida
Le diste un sol al mundo por corona!

¡Y yo pude, Dios mio,
Con insensato y loco desvarío
Redoblar tus heridas!
Tú, que la vida das por nuestras vidas
En la cumbre del Gólgota sombrío.

¡Si, muerto está! con álas de crespones
Avanzan las tormentas
Del cielo en los oscuros pabellones.
Rompe el volcan las cóncavas entrañas
De su cárcel de fuego,
Cual mónstruo que estremece las montañas;
Por los valles umbríos
Perdidas bullen las sonoras fuentes,
Los golfos, las cascadas y los rios;
Quiebra la mar sus ásperas cadenas
Y encajes de relámpagos arrastra
Corriendo mas allá de las arenas.

En las nubladas bóvedas medrosas
El sol apaga sus hogueras puras,
Y en sorda convulsion saltan las losas
De las calladas hondas sepulturas;
Se estremecen los polos en la esfera
Y la creacion palpita quebrantada,
Cual si de nuevo el mundo se perdiera
En los yertos abismos de la nada.

¡Murió el Señor! con fúnebre armonía
Las arpas de Salem gimen su duelo,
Y los ángeles cantan en el cielo,
Y á los piés de la Cruz llora María.
Quebrada luz los horizontes dora;
El cadáver de un Dios cubre el sudario;
La santa Vírgen á sus piés lo llora,
Y de los mundos la oracion sonora
Los funerales canta del Calvario.

. . . .

Apagado rumor; éco salvaje;
Voz que estremece de Salem el muro;
Águilas que empapais vuestro plumaje
Sobre los bordes del Cedrón oscuro;

Luna cansada que en la noche umbría
Palideces desierta y moribunda
En la cima del Gólgota sombría;
Huerto de la oracion; bosques secretos
Que llorais tras las lóbregas cañadas;
Cárdenos y amarillos esqueletos
De nubes por los aires desgarradas;
Ultimos desmayados resplandores
Del sol poniente que á lo lejos arde;
Cisnes, que sois los tristes trovadores
De la orilla del mar, allá en la tarde;
Conservad las dolientes melodías
Que se agitaron en el alma inquieta,
Y recoged las muertas armonías
Que nacieron del arpa del poeta.

LA ASCENSION.

¿Por qué la aurora de fulgores llena
Vierte de perlas virginal tesoro
Y en las ondas del céfiro sonoro
Música dulce y lánguida resuena?
¿Por qué la tarde al espirar serena
Hoy engalana su dosel de oro,
Y en el jardin con mágico decoro
Pálida se estremece la azucena?
Es que desciende vagarosa nube,
Que con sus perlas dibujó el rocío
Y donde canta virginal querube;
Es que Dios rompe su sepulcro frio,
Es que su imágen al Empíreo sube
Bañando en luz los golfos del vacío.

LA ROSA Y LA NIÑA.

En su trono de esmeralda
Una rosa se mecía
De un monte bajo la falda,
Luciendo rica guirnalda
De soberbia pedrería.

De la brisa á los arrullos
En suavísimo desmayo
Y con lánguidos murmullos,
La besaban los capullos
Que eran hijos de su tallo.

El céfiro en su embeleso
La enamoraba al moverla,
Y de amor en el exceso,
Siempre que la daba un beso
Le arrebataba una perla.

Bordaba en sus tintas rojas
Perlas de llanto el amor,
Y con lánguidas congojas,
Iba cerrando sus hojas
Trémulas por el dolor.

Una niña, hermosa y buena,
Bella cual soñada hurí,
La vió de lágrimas llena,
Y le dijo: «Flor amena,
¿Por qué suspiras así?»

El aura, con vuelo blando,
Dulce aroma repartia
Enamorada cantando,
Mientras que la flor llorando
Así á la niña decia:

«Sola al despertar me miro
En la montaña verdosa;
Sola estoy, y sola espiro:
Yo nací con el suspiro
De una brisa y de otra rosa.

Soy la modestia; mi anhelo
Busca de Dios el tesoro;
Mi mundo no está en el suelo;
He nacido para el cielo,
No encuentro mi pátria.... y lloro.»

Dijo así la flor llorosa
Que ya marchita espiraba,
Mientras que una mariposa
Con la esencia de la rosa
Hácia los cielos volaba.

TU RETRATO.

Tu retrato, tu imágen peregrina
Conservo dibujada por la luz;
¡Cuántas veces le miro! ¡Cuántas veces,
Sin que me mires tú!

¡Cuántas veces le estrecho entre mis manos
Con amante y dulcísima inquietud!
¡Cuántas veces con él suspiro á solas
Sin que suspires tú!

¡Cuántas veces soñé con tus miradas
Pulsando ante tu imágen mi laud!
¡Cuántos besos he puesto entre sus lábios
Sin que los muevas tú!

¡Cuántas veladas que alumbró la luna
Con su tranquila amarillenta luz,
Le he dicho los secretos de mi alma
Sin que los oigas tú!

Yo siempre ante los rayos de tus ojos
Que son serenos como el cielo azul;
Yo siempre ante tu imágen, alma mia,
Y siempre léjos tú!

Léjos de tí me inclino ante tu sombra,
Ante esa imágen que pintó la luz;
¡Cuántas veces la miro, cuántas veces
Sin que me mires tu!

Mas ¡ay! yo sé que cuando el sol desmaya,
De tus ensueños en el blanco tul,
Con los ojos cerrados.... en las sombras
Tambien me miras tú!

LA VIOLETA.

Mas bella que de los mares
Las blancas, leves espumas,
Deja su lecho de plumas
La niña de los lunares.

De sus mejillas las rosas
Con sus hechizos conciertan;
Despierta.... como despiertan
Las cándidas mariposas.

Corre por el bosque ameno
Dó salta el raudal sonoro;
Sus largas trenzas de oro
Agita el aire sereno.

Y á sus plácidos rumores
Busca altivas y lozanas
Sus misteriosas hermanas
Las melancólicas flores.

En sus caricias de amor,
En sus sueños virginales,
Nacen y crecen iguales
Una niña y una flor.

La niña madrugadora
Entre los lirios corria,
Y en sus cálices bebia
Las lágrimas de la aurora.

Con dulcísimo embeleso
Las flores acariciaba,
Y en todas depositaba
Una sonrisa y un beso.

De pronto, tierna y amante
Luciendo sus ricas galas,
Vió las trasparentes alas
De una mariposa errante.

Y en medio el vergel lozano
A sorprenderla se atreve,
Dándole cárcel de nieve
En el hueco de su mano.

Besa sus alas de rosa
Llena de gentil donaire,
Y vuelve á entregar al aire
La voluble mariposa.

Hija del hermoso llanto
Que el alba al nacer vertia,
Una violeta nacia
Del musgo oculta en el manto.

Vertió la aurora de plata
En su cáliz una perla;
Por eso, la niña al verla
Con orgullo la arrebata.

Entre sonrisas de amor
Embelesada la mira;
Cuando la niña suspira
Tambien suspira la flor.

Y alegres las otras flores,
Que hermanas juntas las ven,
Meciéndose en el eden
Cantan con blandos rumores:

«No sigas la mariposa,
Símbolo de la inconstancia;
Bebe, niña, la fragancia
De tu violeta amorosa.»

Su aroma, en virtud fecundo,
Al alma brinda consuelo;
Que la modestia es del cielo,
Y apenas cabe en el mundo.

De la mariposa en pos
No vueles con alma inquieta;
Pero guarda la violeta
Que está bendita de Dios.

SOFIA Y PURA.

Suena al fin el arpa mia,
Y canto, por mi ventura,
Entre la graciosa Pura
Y entre la bella Sofía.

Preso en su gracia batalló
De sus hechizos en pos;
Me están mirando las dós,
Yo sigo escribiendo, y.... callo.

Alzo de pronto los ojos
Y encienden mi fantasía
Las miradas de Sofía,
De Pura los lábios rojos.

De sus ojos la dulzura
Velan del candor los tules;
Sofía los tiene azules,
Muy negros los tiene Pura.

Miro en el hermoso velo
De sus pupilas serenas,
En las de Pura mis penas,
En las de Sofía el cielo.

Para cantar su esplendor
Soy pequeño, poco valgo;
Pero me tendrán en algo
Al hacerme su pintor.

Voy pulsando el arpa mia,
Y al pulsarla en mi ventura
Suena mejor entre Pura
Y la cándida Sofía.

Son dos niñas, son dos flores
Que crecen juntas y bellas;
Son dos perlas, dos estrellas
Del cielo de los amores.

Son espíritu y aroma,
Son el amor y el delirio,
Son la azucena y el lirio,
La tórtola y la paloma.

Cuando el placer las engrie
Bendiciendo su fortuna,
Si se ruboriza una
Otra á la par se sonrie.

Cuando de su anhelo en pos
A sus caricias se entregan,
Las dos cantan, las dos juegan,
Y viven juntas las dos.

Viven tan juntas, que al verlas
Cruzar por la misma alfombra
Me parecen cuerpo y sombra,
Me parecen concha y perlas.

Sufren los mismos enojos,
Lloran iguales agravios,
Y sin desplegar sus lábios
Se comprenden con los ojos.

Sus tiernos goces preludian
Con un dulcísimo abrazo;
Una flor, un beso, un lazo
Son el idioma que estudian.

Entre las guirnaldas bellas
De sus mágicos contornos
Llevan secretos de adornos
Que solo comprenden ellas.

Misterios ¡ay! que el reflejo
De sus caprichos aduna;
Misterios ¡ay! de la luna;
De la *luna* del espejo.

Misterios que en su locura
Romperlos el alma ansía,
Entre la bella Sofía
Y entre la graciosa Pura.

LA VIRGEN MUERTA.

EN EL FALLECIMIENTO DE LA BELLA POETISA ALEJANDRINA TORAL.

I.

¡Ultima luz! Sol que arde
Del ocaso en el imperio!
¡Qué triste está el cementerio
Cuando declina la tarde!

Gimen al pié de la Cruz
Los cipreses que aquí moran,
Y hasta los sepulcros lloran
Cuando desmaya la luz.

La luna triste y medrosa
El campanario platea,
Y de un sepulcro blanquea
Al pié de un sauce la losa.

¿No escuchais? El viento grave
Ecos dolientes arranca;
Sobre aquella losa blanca
Rueda un murmullo suave.

Murmullo que vaga y zumba
Y sobre el sepulcro gira;
Es de una virgen la lira
Que aun suena rota en la tumba.

II.

Nació; del génio la esencia
Bordaba su fantasía;
Pero al mundo no venia
Si no á cantar la inocencia.

Las flores con sus aromas,
Los aires con su murmullo,
Las tórtolas con su arrullo,
Con sus quejas las palomas,

En fantástica vision
Por su cuna resbalaron,
Y de cantares llenaron
Su vírgen inspiracion.

Gigante, inmortal diadema
La dió el génio en sus albores;
Hermana, padres y flores
Forman su hermoso poema.

Dios, que cual rico tesoro
La vió tan pura en el suelo,
La dijo: «Vente á mi cielo
Y pulsa el arpa de oro.»

Dorado raudal de nubes
Por el viento descendió,
Y Alejandrina.... voló
En alas de los querubes.

ISAAC.

A MI QUERIDO AMIGO EL INSPIRADO POETA DON AMADOR JOVER Y SANZ.

El mundo aparecía
Cual negra tumba, como triste sombra
Que engendra el manto de la noche umbría;
El mar se coronaba
Con diadema de roncas tempestades;
El desierto bramaba
Tendido en sus inmensas soledades.
Las nubes se perdian
Del horizonte en el medroso velo
Y sus túnicas rotas esparcian
Por las inmensas bóvedas del cielo.
Los flamígeros rayos encendidos
Buscaban los abismos de la tierra,
Y exhalaban tristísimos gemidos
Las hondas tumbas que la muerte cierra.

¿Por qué tan negro el manto esplendoroso
De la Creacion se vuelve? ¿Por qué apagan
Los astros su fulgor, y deslucidos
Entre tormentas vagan?
¿Por qué de la amargura
Desata Dios el lóbrego torrente?
¿Por qué no luce soberana y pura
Del sol gigante la soberbia frente?

. . . .

Temblad, mortales, y escuchad el grito
Que arranca el viento de la mar bravía;
Es que las nieblas del primer delito
La luz entoldan que dibuja el dia.
Es que se queja con dolor profundo
El hombre en el eden avengonzado;
Es que abrasa los ámbitos del mundo
La llama impura del primer pecado.

. . . .

. . . .

«¡Sube!—el Eterno dijo
Al anciano Abraham;—parte á la cumbre
Del monte de Vision, y de ese hijo
En quien miras lucir tus esperanzas,

En cuya voz suave
De un arpa piensas escuchar los ecos,
O el dulce trino que regala el ave;
Del tierno ser, que cuando ya creias
Que tu larga existencia se apagaba
Y negra tumba divisar creias,
Le viste aparecer, sin que tus años
Tan feliz nacimiento detuvieran;
De esa brillante página esculpida
En tu historia de amor; de Isaac, tu orgullo,
Necesito la vida;
Arráncasela tú, y el monte sacro
Riégalo con su sangre bendecida.»

Calló la voz; en lágrimas deshecho
Dobló la frente el padre confundido,
Y el corazon saltándole del pecho
Los brazos busca de su Isaac querido.

¡Miradles! Caminando
Por la pendiente van despareciendo;
Sube el padre llorando,
Y el inocente Isaac va sonriendo.
¡Qué cárcel, qué afliccion, qué desventura,

Qué maldiciones de venganza llenas,
Qué esclavitud bordada de cadenas,
Qué sueño de amargura,
Qué dardo punzador será mas fiero,
Para el pobre Abraham que aquellas tristes
Preguntas de su Isaac! «¡Ah, padre mio!
¿La víctima quién es?» dice bañado
En el sudor que de su frente pura
La leña arranca de que va cargado.
Pregunta! y no consigue
La respuesta del padre, que turbado
Solo murmura «¡¡¡Sigue!!!»
Y siguen y se pierden vacilantes
Por la cuesta fatal, como se pierden
Dos sombras en el manto de la noche:
Y cuando ya en la cumbre, palpitantes
De cansancio y dolor se recogieron;
Cuando el hijo sabia
Que por víctima Dios le designaba,
Cuando el padre, luchando en su agonía
Con la cuchilla el brazo levantaba
Y lágrima que en vano contenia
Su afan y su tormento pregonaba,
Los aires arrastraron de repente

Un eco celestial, dulce y vibrante;
Los mares á lo lejos
Suavísimos rumores levantaron,
Y del sol los auríferos reflejos
Cual hebras de diamantes irradiaron.

Por la esfera se agita
Un vago resplandor que el viento extiende;
Es la sombra de un ángel que palpita
Entre las nubes que al azar desprende.
«¡Vuela, querub hermoso,
Estrella de candor y de inocencia!
Vuela y detén el brazo tembloroso
Que empuja la obediencia:»
Clamaba el eco que dó quier se oia;
Y en pos el ángel de la alzada mano
«Basta, detente,» al conmovido anciauo
Desde el etéreo golfo repetia.

«En los espacios el celeste coro
Pregona ya tu larga descendencia;
Y ángeles mil en aclamar sonoro
Tu nombre escriben con pincel de oro
En el libro inmortal de la obediencia.

Postrado el mundo acatará tus leyes;
Traspasará tu nombre las edades;
De tí nacerán Reyes;
Poblarás con tus bijos las ciudades;
Generacion inmensa te saluda;
El Eterno tus lágrimas orea;
Bendita el alma que en la fé se escuda,
Bendita su virtud, bendita sea.»

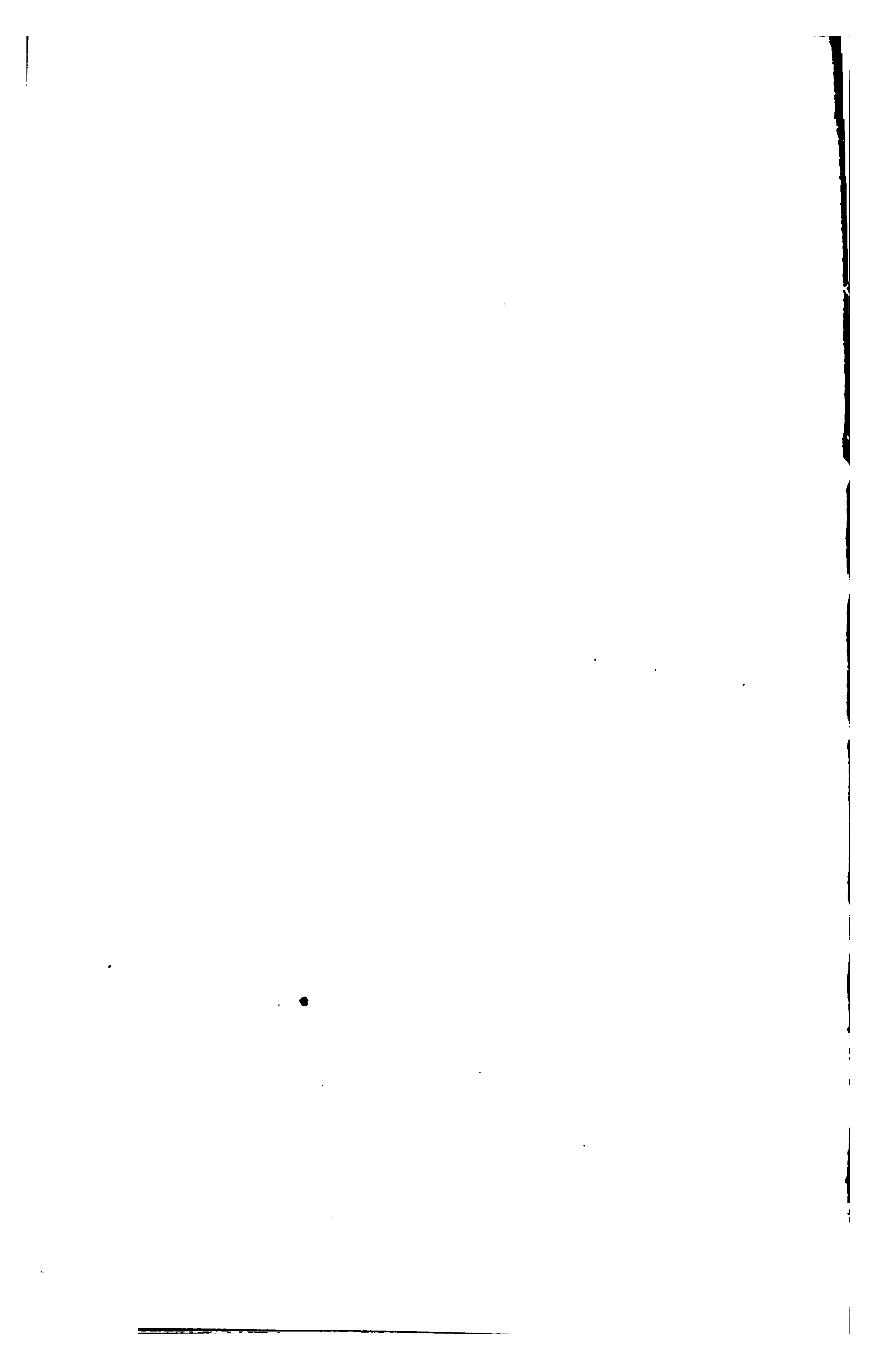
Palabras del Señor, que el Angel dijo
Volando por las bóvedas lucientes,
Mientras doblaban con amor sus frentes
El noble anciano y su inocente hijo.

. . . .

. . . .

Un blanco y preciosísimo cordero
Que olvidado tal vez por los pastores,
Entre un zarzal balaba prisionero,
Fué ofrecido al Señor de los Señores.
El humo de la hoguera al cielo sube
Como la blanca vaporosa nube
Que arroja del altar el incensario;
Y la inocente sangre que corría
Por cada gota que en el fuego hervía

Anunciaba un raudal para el Calvario.
  Nunca olvidemos tan sublime historia,
Y con la misma fé que en ella vemos,
Por el Monte del Mundo caminemos
Hasta tocar la cumbre de la Gloria.



FLORES Y LAGRIMAS.

I.

Palomas invisibles
Son mis suspiros;
Fugaces mensageros
De mi cariño;
Nubes del pecho,
Lágrimas encendidas,
Gotas de fuego.

Cuando clavo mis ojos
En las esferas,
Miro en los horizontes
Mares de pena.
Mis alegrías
Vivieron lo que viven
Flores y brisas.

Todas las noches lloro
Mi desventura
Del fondo de mi alma
Sobre la tumba;
Y en vano busco
Una flor á los bordes
De ese sepulcro!

II.

En la tumba del alma
La vida muere;
Ilusiones perdidas
En ella duermen.
No busqueis flores
En almas donde han muerto
Las ilusiones.

Las ilusiones nacen
Como las nubes,
En los alborotados
Mares azules.
Las ilusiones
Como las nubes mueren
Sin saber dónde.

Ilusiones de fuego,
Mundos de rosa,
Enamoradas ninfas,
Blancas palomas,
Génio de oro,
¿Por qué de nuestras almas
Os vais tan pronto?

III.

Flotantes pabellones
De nubes blancas,
Que cobijais las crestas
De mis montañas;
Vientos y aves,
Que sabeis los secretos
De mis hogares.

Vírgen de mis ensueños,
Luz que se esconde
En los celajes vagos
Del horizonte;
Sol de mi asilo,
Suspiro de mis valles,
Eco del rio.

Hoy ya lejos, muy lejos
De tus miradas
Do aquel mar de ilusiones
Busco la playa.
Feliz si encuentro
De la luz de tus ojos
El dulce puerto!

IV.

En los cielos azules
Brilla una estrella;
Muchas lágrimas vierte
Quien la contempla;
Yo la bendigo...
Y no sé por qué lloro
Cuando la miro.

La estrella se levanta
Por los espacios,
Y su dulce reflejo
Tiembla en el lago.
Su luz derrama,
Triste como en el bosque
La pasionaria.

Si alguna vez, ¡oh niña!
La estrella vieres,
Dime si lloras mucho,
Dí lo que sientes.
Porque en el cielo
Esa estrella es la estrella
Del sentimiento.

V.

Sentimiento y ausencia,
Llanto y dolores,
Lágrimas que devoran
Las ilusiones:
Ayes del alma,
Lúgubres como el eco
De una plegaria.

En el mar de mi vida
No hay horizontes;
En medio de mi ausencia
Siempre es de noche.
Sin la esperanza
Como desierta tumba
Tengo mi alma.

Dos flores han brotado,
Niña en mi pecho,
Besadas por las brisas
De los recuerdos.
¡Ay! esas flores
Se llaman, alma mia,
Las ilusiones!

A UN AMIGO MIO.

EN LA MUERTE DE SU HIJO.

La vida es el morir, la vida humana
Es la senda medrosa del desierto;
La vida es el rumor de una campana
Que toca á muerto.

La vida es el morir, es el ocaso
De un sol que entre tormentas se derrumba;
La vida es una lágrima, es un paso
De la cuna á la tumba.

El mundo rueda en su estension perdida,
Y nunca el hombre sobre el mundo advierte
Que el mundo es ¡ay! la cárcel de la vida
Donde llora la muerte.

EL RAMILLETE.

A LA SRA. D.ª EULALIA GOICORROTEA DE ALVAREZ, EN EL DIA DE SU SANTO

Flores! no solo el vergel
En rica alfombra bordada
Las tiene de la enramada
Bajo el soberbio dosel.

No solo Mayo las cria
Con sus cefirillos frescos
En los valles pintorescos
De la hermosa patria mia.

No de la aurora á los rayos
Crecen solo en el pensil;
No solo el aura de Abril
Las va meciendo en sus tallos;

Que para sembrar amores,
Ilusiones y placeres,
Nos dió el cielo en las mugeres
El símbolo de las flores.

Mas aunque el aroma exhalen
De su cáliz placentero,
¿Quién puede ser jardinero
De flores que tanto valen?

. . . .

Hoy que mi afan te promete
Flores de escasos primores,
Quiero que me dés las flores
Para hacer mi ramillete.

Las flores que traigo aquí
Nada valen por ser mias,
Y quiero darte en tus dias
Un ramo digno de tí.

No para mi auxilio aclamo
A la vírgen primavera;
Siendo tú la jardinera
Saldrá delicioso el ramo.

Y no á lejana region
Volemos ni á otro confin;
No te hace falta jardin;
Estamos en tu salon.

Si mi afan te lo promete,
Aplaude mi buen deseo;
Con que demos un paseo
Y haremos el ramillete.

Busquemos de la de Andilla
El rostro arrebatador,
Y tendremos una flor,
La flor de la maravilla.

Una rosa y un clavel,
Qué dos flores tan galanas!
Estas deben ser hermanas;
Busca á las niñas de Güel.

Desmayas!! —yo no desmayo
En tan pintoresca liza;
Allí están las de Ziriza,
Que son dos rosas de Mayo.

¿Buscas entre las que van
La Reina de este vergel?
Ahí está la de Burriel
Que es orgullo de San Juan.

Eulalia, siga el paseo,
Y harán feliz la tarea
Las niñas de Bengoechea
Con la esposa de Micheo.

De tus salones el aura,
Que vuela en dulce murmullo,
Nos descubre otro capullo,
El rostro de Julia Saura.

Del ramo en la bella forma
Aumentarán los primores
Esas peregrinas flores
Del jardin de la *Reforma.*

Si una perla has de coger,
No te afanes por cogerla;
Busca en su concha á la perla,
Búscala en Conchita Imber.

Si en sus hojas de esmeralda
Quieres cerrar la aureola,
Cármen Planel es la sola
Para cerrar la guirnalda.

Las de Sanjurjo tambien
Unidas en dulce lazo,
Brillan con la de Madrazo
En las flores de tu Edén.

Guirnalda tan peregrina
Revivirá sin enojos
Con la aurora de unos ojos,
De los ojos de Agustina.

Qué hermoso el ramo fulgura!
Cuán rico y lozano és!
Bien pudiera la Sinués
Cantar su fresca hermosura.

Será el ramo desde ahora
Rival de la primavera,
Con tan linda jardinera
Y con tan digna cantora.

Hoy mi afan te lo promete
En ardiente frenesi,
Eulalia bella, este sí
Que es un bello ramillete.

Acéptalo, en conclusion,
Guarda sus ricos primores,
Ya que son todas sus flores
Del jardin de tu salon.

LA ESCALA DE LA GLORIA.

A LA INSPIRADA POETISA CLOTILDE AURORA PRINCIPE,
DESPUES DE HABERLA OIDO RECITAR SU POESIA Á UNA NUBE.

Lenta la noche cansada
Tiende su manto sombrio;
Suena á lo lejos del rio
La corriente arrebatada.

En las verdes alamedas
Gimen los céfiros puros,
Y sus penachos oscuros
Agitan las arboledas.

El vergel, de flores cuna,
Sus dulces vientos desata,
Y como perla de plata
Brota en los cielos la luna.

La luna se estiende y sube
Por la bóveda riente,
Y adorna su blanca frente
Con el cendal de una nube.

De pronto al verla llenar
El mundo con sus reflejos,
Allá en los aires.... muy lejos,
Se oye á una niña cantar.

La nube flotando esmalta
Los horizontes que besa,
Y así la niña se espresa
Al ver la nube tan alta:

«Oh nube, yo no envidio la mágica belleza
Que adorna los contornos de tu fulgente tul;
Sino el mirar que entrambas tenemos la cabeza,
Tú cerca, yo muy lejos del firmamento azul.»

. . . .
. . . .

El eco de la niña
Rodó suave,
Como rueda en el cielo
La voz de un angel;
Y el aura dulce
Lo levantó en sus alas
Hasta la nube.

Ruborosa la luna
Cubrió su frente;
Cantaron en la selva
Viento y cipreses;
La nubecilla
Así desde el espacio
Dijo á la niña:

«Yo del mundo del vacío
Recorro las áureas huellas;
Yo nado en mares de estrellas
Y lloro con el rocío

Yo tengo mi blanco altar
En las esferas impreso;
Yo nací del blando beso
Qué dió la brisa á la mar.

Soy de la noche enlutada
Cándido celaje hermoso;
Soy el velo vaporoso
De la luna enamorada.

Tú, niña, con dulce anhelo,
Me cantas de amores llena,
Y tu voz pura resuena
En las bóvedas del cielo.

Tú naciste, y el Señor
Que en los piélagos suspira,
Te dió del ángel la lira
Y el eco del ruiseñor.

En tu ardiente fantasía
El genio á inflamarse empieza,
¿Y dices que *tu cabeza*
Está lejos de la mia?

De tu inocencia la historia
Con tus laureles fulgura;
Tú traspasarás mi altura
Por la escala de la gloria.»

Así dijo lejana
La nubecilla;
Cerró sus ojos cándidos
La hermosa niña,
Y alegre el viento
¡¡Clotilde!! repetia
Volando al cielo.

EN EL ALBUM

DE LA MARQUESA DE CAICEDO,

DESPUES DE HABER VISTO ALGUNOS DE SUS PRECIOSOS CUADROS.

Marquesa, grande es mi empresa,
Pues tienes encantos tales,
Que espresar lo que tú vales
Es muy difícil, Marquesa.

Mas de tu imágen en pos
Canto de temor ageno,
Puesto que á Dios que es muy bueno
Se dice; ¡qué bueno es Dios!

Y á tí, que entre las mugeres
Supiste siempre lucir,
Yo tambien puedo decir:
Marquesa, ¡qué hermosa eres!

Me atrevo al fin á cantarte
Con tiernos ecos profundos;
Brillas en dos *grandes mundos*,
La aristocrácia y el arte.

Pintas con mágico anhelo
Y una duda encierro en mí;
Si el cielo baja hasta tí
O tu te elevas al cielo.

Tambien mi musa repara
En los ángeles que pintas,
Si copias caras distintas
O copias tu misma cara.

Será mas fácil tu empresa
Si trazas tu imágen propia;
Mírate al espejo... y copia,
¡Verás qué cuadro; Marquesa!

Si amenas flores sencillas
Dibujas con ánsia loca,
Busca el clavel en tu boca,
La azucena en tus megillas.

Si buscas entre la arena
Perlas que la mar deslíe,
Desplega el lábio y sonríe
O llora, pero sin pena.

¡Llorar! lo puedes hacer
Sin pena desgarradora,
Porque en el mundo se llora
De dolor y de placer.

Llora, si, llora con calma,
Nunca tu llanto concluya,
Pues cada lágrima tuya
Es una perla del alma.

Y verás con ansia loca
Perlas puras, sin enojos,
Cuando llores, en tus ojos,
Cuando rias, en tu boca.

Tú brillas siempre que quieres,
Y por eso al concluir,
Déjame, al menos, decir:
¡Marquesa, qué hermosa eres!

Te juro, por Belcebú,
Dejar partidos atrás,
¿Yo demócrata? jamás,
Siendo aristócrata tú!

En mi ambicion no desmayo,
Pues quisiera ser marqués,
No por lo bueno que és,
Sino por ser tu tocayo.

UN RIZO.

Bucle dorado, que gentíl y airoso
Ceñiste ayer su alabastrina frente;
Tú, que á los besos de aromado ambiente
Por su espalda ondulaste caprichoso.
Tú, que me viste resbalar ansioso
Tras los hechizos de su faz riente;
Tú, que escuchaste de su lábio ardiente
El juramento ahogado y misterioso.
Tú, que la viste cual gentil paloma
Correr alegre en ademan travieso
Por los vergeles donde Mayo asoma,
Déjame que en dulcísimo embeleso
Aspire de tus hebras el aroma
Y las imprima con ardiento beso.

A TU OIDO.

Se ha dicho tanto de tus lábios rojos
En lenguaje florido,
Y tanto han dicho de tus negros ojos,
Que hoy, niña, he decidido
Decirte algunas cosas al oido.

Te miro frente á frente,
Y tu boca que en ámbares rebosa,
Perlas descubre como flor naciente;
Te miro de perfil, y ¡es tan hermosa
Tu oreja breve de color de rosa!

Cubierta por tus rizos seductores
La miro siempre con tranquila calma
Como reja de amores;
Como una puerta que conduce al alma
De mis dulces suspiros los rumores.

Mi promesa he cumplido,
Y valga, niña, en fin, por lo que valga;
Solo, niña, te pido,
Que no te entre mi amor por un oido
Y por otro te salga.

LA OLA DEL MAR.

A MI AMIGO EL INSPIRADO PINTOR RAFAEL ROMERO.

Ola gentil, que al brotar
Alzas tu frente serena,
Cual leve grano de arena
Del desierto de la mar.

Globo azul, que soberano
Pinta el iris diamantino;
Arco del cristal divino
Que hierve en el Occeano.

Fugitiva catarata
Que rizándose circula,
Ala de cisne que ondula
En un espejo de plata.

Grada de inmensos altares,
Respiracion escondida
De alguna vírgen dormida
Bajo el cristal de los mares.

Hija del mundo bendito
Que hace cantar al poeta;
Hoja de plata sujeta
Al árbol del infinito.

Reina, en ardiente ansiedad
Te dan su manto las brumas,
Su corona las espumas,
Su trono la inmensidad.

Cuelgas al flotante seno
Rojos corales por banda;
El aura dócil te ablanda,
Y te ensoberbece el trueno.

Ya bulliciosa te miro
Hervír con viva inquietud;
Ya gimes como un laud,
Ya suenas como un suspiro.

Tal vez tu son lastimero,
Allá en la noche sombría,
Trae con el viento al vigía
Los cantos del marinero.

Tal vez perdida al flotar
De la inmensidad en pos,
Levantas un himno á Dios
Que te dió un mundo en la mar.

Por eso en ardiente anhelo
Cuando la tormenta estalla
No encuentras dique ni valla
Para remontarte al cielo.

Ya ruedas entre la bruma
Sobre alfombras infinitas:
Ya ronca te precipitas
Como un diluvio de espuma.

Y rauda subes y subes
Hinchando el hirviente seno,
Llevando en tu frente el trueno
Y en tus vapores las nubes.

Mas la tormenta desmaya,
Y te vuelves tan serena
Que solo un grano de arena
Te hace morir en la playa.

EL SULTAN

ORIENTAL.

Ya el sol ha levantado
Tras las negras pirámides gigantes
Su ardiente disco en el cenit clavado.
Ya el Eúfrates tranquilo
Dibuja en sus cristales las palmeras
Que escalan del espacio los confines,
Y bullen de mi harem en los jardines,
En concierto de amor, aves parleras.

Vén conmigo, sultana,
Vén conmigo á cantar el nacimiento
De la hermosa mañana
Que inunda con su luz el firmamento,
Ven y enriquece con tu voz al viento.

¿No escuchas? ¿No te alegras?
¿Ese rumor salvage no te admira
De mis esclavas negras,
Que celosas de tí, rugen de ira?

Vén á aspirar los lirios y azahares,
Deja tu lecho de flotantes plumas,
Perezosos cantares
Levantan para tí fuentes y espumas;
De mármoles y flores
Yo tengo para tí grutas doradas,
Que eres la Reina tú de mis amores.

En el Pérsico mar, en las suaves
Linfas que rompe el huracan sonoro
Se arrastran libres mis egipcias naves
Cargadas de marfil, sándalo y oro.

El aire del desierto
En sus velas ocúltese bravío
Y las lleve á otro puerto,
Si en tus brazos, bien mio,
El Edén de tu amor no me has abierto.

Vén conmigo, sultana,
Vén conmigo á cantar el nacimiento
De la hermosa mañana
Que inunda con su luz el firmamento,
¡¡Vén y enriquece con tu voz al viento!!

A UNA NIÑA.

EN EL PRIMER ANIVERSARIO DE SU NACIMIENTO.

Niña, en tus sueños suaves,
Llega á saludarte el hombre;
¿Qué sabes tú de tu nombre
Si ni aun pronunciarlo sabes?

¿Qué entiendes del mundo, dí,
De este desierto infecundo,
Si á tus años, niña, el mundo
Es un cielo para tí?

Quizá con mi canto lloras,
Y al fin me atrevo á cantarte;
¿Cómo he de felicitarte
Cuando hasta tu nombre ignoras?

Enmudezco en tu presencia;
Vacilo con dulce calma;
¿No ha de enmudecer el alma
Al contemplar tu inocencia?

Deja que á tus pies de hinojos
Dulces suspiros te envie,
Ya que un ángel se sonrie
En las niñas de tus ojos.

Ola dormida y serena,
Blanda brisa sin murmullo,
Preciosísimo capullo
De una cándida azucena.

Angel que aunque en dulce anhelo,
Dios á la tierra te envia,
Nadie sabe todavía
Si te volverás al cielo.

Deja, niña, que á tus pies
Recuerde el hombre afligido,
Que tambien ¡ay! ha dormido
Ese sueño en que te vés.

Blando sueño regalado,
Sueño tranquilo y dichoso,
Que parece mas hermoso
Despues de haber despertado.

¿Qué entiendes del mundo, dí,
De este desierto infecundo,
Si á tus años, niña, el mundo
Es un cielo para ti?

Enmudezca el trovador,
Porque en la cuna en que estás,
Los ángeles saben más
Y los entiendes mejor.

EN EL CEMENTERIO,

EL 2 DE NOVIEMBRE.

Si, se inclinan; y bajan hasta el suelo
Sus lánguidas y verdes cabelleras
Y con solemne voz hablan al cielo!
Sáuces dolientes, de la noche oscura
Envueltos en la sombra funeraria
Al pié de la desierta sepultura,
Cual símbolo de tétrica amargura
Modulais de la muerte la plegaria.
Yo vengo aqui tambien; sobre la alfombra
Que forma el mármol del sepulcro frio,
Vengo á cantar á vuestra humilde sombra.
¡Qué triste está la luz! el sol cansado

Rompe el alcázar del Oriente puro
Por cárdenos matices entoldado;
Asoma el sol, y el mundo acongojado
Aun cuando asoma el sol se encuentra oscuro.

Llora el Alba; sus lágrimas dolientes
Hoy quedan suspendidas
De los fúnebres sáuces en las frentes.
El céfiro con lánguidas congojas
Hoy sin rumores, sin amores yace,
Y en lágrimas tranquilo se deshace
En vez de arrebatarlas á las hojas.

En rápido monton negras las nubes
Huyendo van cual génios del espacio
Por la region que pueblan los querubes.
El huracan bravío
Con ronco son despierta en la mañana;
Suena á lo lejos el compás del rio,
Y en los etéreos golfos del vacío
Perdida va la voz de la campana.

¡Oh Dios! tú, que palpitas

En las negras ardientes vestiduras
De la borrasca que á tus pies agitas;
Tú, que enronqueces los soberbios mares
Y das murmullos á la brisa amena,
Perfumes á los blancos azahares
Y candor virginal á la azucena;
Yo te admiro, te canto y te respeto;
Por tí mi voz bajo los sáuces zumba,
Hoy que me juzgo mísero esqueleto
Que canta al borde de su misma tumba!

¡¡El cementerio!!... tras la tapia yerta
En donde el alma á la verdad despierta,
Hierve en sordo vaiven la muchedumbre
Loca buscando en la mansion desierta
Un estéril rincon de podredumbre.
¡Buscan sepulcros...! con horrible calma
Tumbas buscan en negros panteones,
Sin mirar el abismo de su alma,
Sepulcro de sus muertas ilusiones!
Vedles allí; se acercan confundidos
Por el respeto y la tristeza mudos!
¡Esos son los cadáveres vestidos
Que buscan los cadáveres desnudos!

Ancho feston de mármoles y luces,
De flores y simbólicos trofeos,
De lámparas y cruces
Esmaltan de la muerte los paseos;
De cintas mil en caprichosas redes
Túmulo régio en su esplendor se admira;
¡Tambien del cementerio en las paredes
Existe el carnaval de la mentira!

La multitud se afana....
En confuso vaiven se vá perdiendo....
Y aun siguen los espacios repitiendo
El eco funeral de la campana.

Allá lejos... del árbol que se inclina
Bajo el verde ramaje,
Una losa descuella alabastrina
Como blanca azucena peregrina
Que borda el suelo de gentil paisage.
Ni una flor virginal, ni una corona,
Ni una lágrima pura
Cobijan la desierta sepultura.
Oh vírgen misteriosa,
Que perfumaste el campo de la vida!

Nadie gime por tí, y es que otra losa
Debe ocultar en ignorada fosa
Los restos de tu madre bendecida!
Si esa madre viviera,
De tu tumba sombría
Una lágrima el viento recogiera....
¡Descansa en paz dentro la tumba fria!

Un ciprés ha bajado
Su copa oscura hasta el suelo
Donde suspira un hombre arrodillado;
La frente del ciprés la abate el cielo....
Pues llora un padre en el sepulcro helado.
El lánguido ciprés al inclinarse
Llora tambien con tristes amarguras;
Y si vuelve á elevarse,
En pos de sí tambien vuelve á llevarse
La mirada del padre á las alturas!

Los árboles que moran
En este campo, de la muerte escudo,
Hablan al corazon, y los que lloran
Comprenden siempre su lenguaje mudo.

¡Cuánta gente se agita
Al destemplado son de la campana
Que corona la ermita
Alzada al pié de la miseria humana!
¡Cuanto dicen los últimos reflejos
De ese sol que al hundir sus resplandores
Besa en paz una Cruz que hay á lo lejos,
Al pié de un ramo de marchitas flores!
¡Qué fantástica brilla
Lejana luz, temblando moribunda
Ante apartada y negra bovedilla!
¡Qué solemne es la calma,
Hija del cementerio,
¡Y qué grande es el alma
Que se atreve á romper tanto misterio!

¿No la veis? Allí asoma
Entre la verde murta
Cual detenida virginal paloma!
Es la cuna inocente
En donde duerme un niño candoroso
El sueño de los ángeles riente.
Con dulcísimo acento
Allí gime rodando entre las hojas

Melancólico el viento,
Y allí las tiernas aves,
Emblema fiel de amor y de cariño,
Embelesan con cánticos suaves:
¡Bendito el sueño angelical del niño!

. . . .
. . . .

Mas ¡Ay! que paso á paso
Perdiéndose va el sol tras la arboleda;
El tambien va á morir en el Ocaso!!
Con el primer lucero de la tarde
El último fulgor del sol poniente
Tras los espacios arde!
Se ahuyenta con mortal melancolía
La tarde del misterio soberana;
Los muertos duermen en su tumba fria...
Sobre la tumba mia
Quién verterá una lágrima mañana!!

A UNA HUÉRFANA.

Te ví como la pálida azucena,
Blanca como la perla que se cria
En la concha que el mar guarda en su arena;
Te ví con celestial melancolía,
Y quise entonces comprender tu pena.

Mis ojos en tus ojos se perdieron,
Y aunque mi afan á tu dolor no cuadre,
Mis ojos al mirarte comprendieron
Que tus amores cándidos murieron
Con los últimos besos de tu madre.

Sola en los mundos de tu edad primera,
Nave perdida en aguas bramadoras,
Sin rumbo, sin timon y sin ribera:
¡Ay, huérfana infeliz, si yo pudiera
Devolverte á la madre por quien lloras!

Brotó en mis ojos ardoroso llanto,
Que yo tambien con tu dolor lloraba;
Comprendí tu amarguísimo quebranto,
Bendije tu virtud, y te amé tanto!
Tú no sabes, mujer, lo que te amaba!

Mi lira registré para cantarte
Con lánguidas y dulces armonías;
Con tus penas, mi bien, quise adorarte,
Me separé de tí, volví á buscarte,
Y al volverte á llamar no respondias.

Deja que al fin con mi dolor sucumba,
Y cuando triste en tus recuerdos llores
Ante la voz del alma que retumba,
Si lloras de tu madre ante la tumba
No dejes de llorar por mis amores.

Y deja, en tanto, que á tus pies de hinojos
Contemple absorto, en regalada calma,
Los cielos que descubres, sin enojos;
El cielo azul de tus azules ojos
Y el cielo hermoso de tu vírgen alma.

PERLAS, BESOS Y LÁGRIMAS.

Cuando alegre la rosa despertaba
En los búcaros frescos de sus rejas,
Cual broche puro que formó el rocío,
Guardó tres perlas.

Cuando la niña, al aspirar su aroma,
La arrebató del tallo sonriendo;
Cuando la niña la llevó á sus lábios
Guardó tres besos.

Cuando la flor marchita y sin perfume
A mis manos la niña trasladaba;
Cuando la rosa en mi poder moria
Guardó tres lágrimas.

LA ESPERANZA PERDIDA,

¿Veis el cielo sin nubes?
¿Veis el mar sin rumor?
¿Vísteis el cielo azul lleno de estrellas?
Pues eso era mi amor.

¿No sabeis como adoran en el cielo
Los ángeles á Dios?
Pues con el mismo celestial anhelo
Aqui nos adorabamos los dos.

En cien noches de mágica ventura
Las estrellas miré resplandecer;
Hoy alumbran su blanca sepultura
Las estrellas de ayer!

Ante su tumba el sauce se levanta
Que sollozando está;
¿De tanto amor y de ventura tanta
Qué resta ya?

Sol que hundió para siempre sus reflejos
En la lóbrega noche de mi vida!
Lágrimas, un sepulcro.... y á lo lejos
La esperanza perdida!

A UNA NIÑA,

DESPUES DE SUS DIAS.

Niña de mágico hechizo,
De negro cabello rizo,
De angelical corazon;
Merecerá tu perdon
Este vate olvidadizo?

Tú, la que en dulce desmayo
Vive cual rosa temprana
Que enciende del sol el rayo,
Y luce rosas de Mayo
En sus mejillas de grana;

Angel, que en tranquilo vuelo
Quizá vino á este infecundo
Albergue de desconsuelo,
Para dejar en el mundo
Algun recuerdo del cielo;

¿Serás para mi tan buena
Que otorgarás bienhechora
De dulces encantos llena
Una sonrisa serena
Al trovador que la implora?

Si á tu ojos me presento,
Desecha el resentimiento;
Ya que brota (y no es disculpa)
En las sombras de mi culpa
Un sol de arrepentimiento.

Si las flores que te envia
El árpa del trovador
Son flores que Andalucia
Para los ángeles cria
En sus jardines de amor;

Si las perlas que en su anhelo
Llevan tras oculto velo
Son las que en gentil mañana
Vertió el azulado cielo
De mi Córdoba sultana;

Si adornan este vergel,
Y este sol les dió sus luces,
Y estos árboles dosel
Tras el labrado cancel
De mis patios andaluces,

Acaso, niña querida,
Alguna flor escondida,
Con dulce apacible calma
Lleve el perfume á tu alma
De esta tierra bendecida.

Tal vez, morena gentil,
En sus cálices amenos
Encuentres recuerdos mil
De este cordobés pensil,
Edén de los sarracenos.

Si de esta sierra en la falda,
Y entre bosques de esmeralda,
La Primavera reposa,
No desdeñes, niña hermosa,
Del trovador la guirnalda.

Y á esta felicitacion
Que dentro del pecho arde,
Ábrele tu corazon;
Porque nunca llega tarde
Siendo buena la intencion.

A CONSUELO.

Siempre que al dosel del cielo
Se alza la frente serena,
El alma que siente pena
Suele hallar dulce consuelo.

Si existe el consuelo allí,
Niña, cuando yo suspire,
No estrañes que al cielo mire
Y que me acuerde de tí.

LA REJA.

Lentamente la tarde
Tristísima declina;
El sol apenas arde,
Y en la cumbre vecina
Despareciendo vá;
Vibra de la campana
El fúnebre gemido,
Como la queja vana
De un náufrago perdido
Que sucumbió quizá.

Pálidas las estrellas
Despiertan una á una;
Levántase entre ellas
Blanquísima la luna,
Y suena la oracion;
El alma siente á solas
Secretos desvaríos;
Bullen como las olas
Los pensamientos mios....
Sueña mi corazon.

Como en la flor naciente
Rica perla escondida,
Levántase en mi mente
De la mujer querida
La imagen celestial.
Mis ilusiones bellas
Me finjen su hermosura,
Sus ojos las estrellas,
Y el áura que murmura
Su acento virginal.

Cantares y suspiros
Va el aire repartiendo;
Entre sus ráudos giros
La sombra va estendiendo
Su oscuro pabellon;
Despiértase en el alma
Mi enamorada queja,
Hasta que en dulce calma
Late al pie de su reja
Mi ardiente corazon.

La voz de una paloma
Resuena en mis oidos;
Despiden fresco aroma
Sus lábios encendidos
Trémulos de placer,
Y de la tibia luna
La luz voluptuosa,
Cantando mi fortuna,
El rostro de la hermosa
Me deja sorprender.

Resbala el aire mudo;
El campo está desierto,
Y yo á tu reja acudo
Como al tranquilo puerto
Del mar de mi pasion;
Que en esas horas breves,
Fugaces cual las olas
Que se disipan leves,
Es cuando puede á solas
Hablar el corazon.

A LA MEMORIA

DEL EMINENTE POETA JOSÉ MARTINEZ MONROY.

Escuchad; roncos los mares
Mueven sus ondas oscuras,
Y ruedan por las alturas
Oraciones y cantares.
Hierve al pié de los altares
Plegaria muda y secreta.....
Ruje la borrasca inquieta
En las nubes bramadora....
Parece que el mundo llora
En la tumba del poeta.

¡Murió!! Las cuerdas de oro
Que el arpa suya bordaban,
Hasta el cielo levantaban
El éco ardiente y sonoro.
De los angeles el coro
Robó su canto fecundo;
Y Dios, con amor profundo,
Vió desde el cielo entretanto
Que era muy grande su canto
Para el concierto del mundo.

Génio, que al nacer gigante
Tendiendo las alas puras,
Colgaste tus vestiduras
En la bóveda flotante;
Aguila que cruza errante
El infinito que aterra;
Aguila enorme que encierra
En sus ecos la armonia,
Y sólo cantáste un dia
En la roca de la tierra.

Tú, del cielo á donde subes
En las azules alfombras,
Como esqueletos de sombras
Viste romperse las nubes.
Bebiste de los querubes
El armónico raudal;
Y en la frente celestial
De esos mundos donde cantas
Viste mundos á tus plantas
Servirte de pedestal.

Viste en la celeste cumbre
Hincharse á tus pies los mares,
Y encendiste tus cantares
Del sol en la hirviente lumbre.
Del pueblo la muchedumbre
Respeta tu breve historia,
Pues recuerda su memoria
Que si al *Eclipse* cantabas,
Al mismo sol eclipsabas
Con los rayos de tu gloria.

Cual esas tardes sombrías
De dulces misterios llenas,
Que van muriendo serenas
Por las bóvedas umbrías,
Así pasaron tus dias
Entre lauros inmortales;
De tu vida en los umbrales
Hallaste el sepulcro hueco,
Y eran tus cantos el éco
De tus mismos funerales.

La nube que se agiganta
Del viento al rumor sonoro,
Los astros, chispas de oro
Que el pie del Señor levanta;
El águila cuya planta
Rompe los aires inquieta,
Y la música secreta
De los montes y del rio,
Fueron el mundo bravio
De tus sueños de poeta.

Cantor de ***El Génio*** brillante,
Tarde mi pátria te admira;
Tú fuiste la luz que espira
Cuando brotaba radiante.
De ***El Génio*** ante el sol gigante
La lira ardiente pulsabas,
Y cuando mas ensanchabas
Tu soberbia fantasía,
Mas grande en tu frente ardía
El Génio que tu cantabas.

Naciste, y al ir besando
De tu juventud las flores,
Relámpagos de colores
Iban tu mente alumbrando.
El vuelo seguiste alzando
Sin dejarte de encumbrar,
Que solo para cantar
Tus verdes años crecieron,
Como las perlas nacieron
Para ser flores del mar.

¡¡Muerto estás!! y si perdida
El alma tomó otro vuelo,
Es porque encontraste el cielo
En las puertas de la vida.
Aqui, con voz dolorida,
Llega á tu sepulcro el hombre,
Y advierte sin que le asombre
Que bajo el sauce que zumba
Apenas puede la tumba
Con el peso de tu nombre.

UN ANGEL CANTANDO.

I.

No extiendas tus alas, brisa;
No te quejes, ruïseñor;
No arranques, fuente, á la flor
Con tu espejo su sonrisa.

No suspireis, azucenas;
No lloreis, cándidas aves;
Ondas de la mar suaves,
No canteis en las arenas.

Cesa, rumor, que desmayas
En los pliegues de las brumas;
No tembleis, blancas espumas,
Al borraros en las playas.

Apáguese la armonía
Que vá sonora pasando;
Cése, porque está cantando
El ángel del alma mia.

II.

En mis recuerdos de ayer
Dos flores me dan su esencia;
El sueño de mi inocencia
Y el canto de una mujer.

De mi memoria entre el velo
Aún su imágen se levanta;
Una niña cuando canta
Es una brisa del cielo.

Cantáste, y al escuchar
Tus dulces ecos suaves,
Callaron todas las aves
Para aprender á cantar.

Apáguese la armonía
Que vá sonora pasando;
Cése, porque está cantando
El ángel del alma mia.

III.

Deja que con ánsia loca
Tus dulces cantos resbalen;
¡Si vieras tú cuanto valen
Esos cantos en tu boca!!

Tienes los lábios tan rojos
Y son tus ojos tan bellos,
Que hasta por copiarse en ellos
Se mira el cielo en tus ojos.

Cantáste; yo recogí
Tus cantos, como un suspiro,
Y desde entonces te admiro
Y vivo pensando en tí.

Cése, pues, esa armonía
Que vá sonora pasando;
Cése, porque está cantando
El ángel del alma mia.

A CAROLINA CIVILI,

DESPUES DE LA REPRESENTACION DE LA DAMA DE LAS CAMELIAS.

Tu frente he visto de dolor cubierta;
Te he visto al borde de la tumba fria;
Yo te he visto morir; te he visto muerta....
Y vives todavía!

He llorado ante tí mudo y sin calma,
Ví eclipsarse la luz de tu alegría;
Miré en tu boca evaporarse el alma,
Y vives todavía!

En tu mirada lúgubre y profunda
He visto el rayo de la luz del dia;
Luego he visto la tarde moribunda,
Y vives todavía!

Mañana, cuando trémula suspires,
Cuando tu frente anuble la agonía,
Cuando de veras en el mundo espires
Vivirás todavía!!!

EL HURACAN.

AL DISTINGUIDO POETA RAFAEL SERRANO ALCÁZAR.

Negras las ondas del revuelto rio
Se arrastran hácia el mar; ruedan las nubes
Por la frente gigante del vacío,
Trono de Dios que pueblan los querubes.
Del arenal en la abrasada tumba
Espiran los murmullos del desierto,
Y por aires y piélagos retumba
De cien volcanes el atroz concierto.
Fantástica armonía
Forma la tempestad; mundos de sombras
Cubren la espalda de la mar bravía;

En rotos montes y entre opacas brumas
Vuélcase la soberbia catarata,
Cual serpiente magnífica de espumas
Con piel sonora de brillante plata.
La tormenta en su cóncavo palacio
Estremece los ámbitos profundos,
Y cual génio invisible del espacio
Palpita el huracan sobre los mundos.

¿Quién eres tú, huracan, que en los altares
De las esferas ronco te levantas,
Que agitas los cabellos de los mares,
Mares que rugen á la vez que cantas?
¿Quién eres tú, que al arrastrarte ufano
Silvando en las entrañas de la sierra
Haces hervir al bárbaro Occeano
Y vacilar los ejes de la tierra?
¿Quién eres tú, que en los peñascos huecos
Depositas tus ecos?
Tú, que eres grande como el mar bravío;
Tú, que á ese mar en tu furor provocas,
Ya gimes en el seno de las rocas
Ya bramas en los golfos del vacío.

Trastornada creacion; nubes que lloran,
Flamígeros penachos de volcanes
Que en la cárcel del monte se devoran;
Aguilas altaneras,
Que descienden heridas y cansadas
Del umbroso dosel de las esferas;
Ondas desconcertadas;
Nieblas en el abismo entretegidas
Y por fúnebre sol tornasoladas;
Torrentes mil fantásticos y oscuros,
Que arrebatan las flores
Y copian solo ennegrecidos muros:
Lamento sepulcral, hondo misterio,
Sombra inmóvil de horror, tumba desierta
Son el alcázar, el medroso imperio
De el huracan que rápido despierta.

¡El huracan! la voz desenfrenada
Que aterra nuestros plácidos hogares;
La cólera de Dios, que vuela airada
Rompiendo nubes y agitando mares.
El rey del aire, el vencedor del monte,
El génio oculto que en el trueno alienta,
El guerrero voraz del horizonte

Que cabalga en la horrísona tormenta;
La alfombra de las águilas reales,
La fantástica voz de las alturas
Que llora en las desiertas sepulturas
Y suspira en las hondas catedrales;
El hervor de las aguas cristalinas,
El ronco grito que silvando corre,
El gemido fugaz de las ruinas,
El eco despeñado de la torre.

Voz de la tempestad son tus cantares;
Música de los mundos,
Murmullo de cien mares,
Gemido de los piélagos profundos.
Libre emprendes tu marcha triunfadora,
Con voz de trueno rebramando subes
Y empujas como audaz locomotora
Las tormentas, los rayos y las nubes.
La nave alejas del tranquilo puerto,
Hundes entre las ondas las riberas,
Y haces vibrar el arpa del desierto
Agitando en magnífico concierto
Arenales, peñascos y palmeras.
Invisible recorres tu palacio,

Y es tanta y tan salvage tu armonía,
Que hasta parece que la mar bravía
Sorda respira en el inmenso espacio.

En la cárcel medrosa,
Allá en el muro por el tiempo herido
Donde la luz á intérvalos reposa,
Silvas con melancólico gemido.
De las vírgenes turbas los cantares
Allá en el claustro, cuya torre escala
Del huerto los nevados azahares,
Y en cuyos tristes lúgubres altares
Duerme la sombra y la oracion resbala.
Cuando en la muda soledad te escondes
Y en lo profundo del vergel te internas,
Con tus rugidos bárbaros respondes
Al grito de las cóncavas cavernas.
Haces temblar al monte en su cimiento,
Y en lluvia eterna de luciente plata
Tuerces con el empuje de tu aliento
El arco de la ronca catarata.
Las nubes, del espacio en los confines,
Como copos de nieve balanceas,
Y bajando al dosel de los jardines,

Las palmas y los plátanos cimbreas.
De la noche en las horas enlutadas
Penetras en las fúnebres mansiones,
Y acaso, entre las tumbas olvidadas
Mueves en impalpables oleadas
El polvo de cien mil generaciones.

Vén, soberbio huracan, dame tu brio,
Y al ronco acento que cantando exalas,
Yo cruzaré los mundos del vacio
En el trono flotante de tus alas!!

Ven hasta mí; tu rápida carrera
Deten bajo mi planta
Y súbeme contigo hasta la esfera
Donde del sol la frente se agiganta.
Romperemos los dos el áureo velo
De las nieblas que bordan el espacio;
Tocaremos los pórticos del cielo;
Nos abrirán sus senos vírginales
Grupos de blancas nubes,
Y de luz entre mágicos raudales
Oiremos los suspiros celestiales
Que ante el Señor levantan los querubes.

Ven hasta mí; y en la mansíon perdida
Que se estiende en los ámbitos profundos,
Sentiremos el paso de los mundos
Y el concierto gigante de la vida!

A MI MADRE, ENFERMA.

I.

Las tíbias estrellas, las lámparas puras
Que bordan del cielo la atmósfera azul,
Traspasan el manto de sombras oscuras,
Y tristes y solas allá en las alturas
Derraman su luz.

El viento se estiende con rápido brío,
Dolientes murmullos despide al pasar,
Sus quejas repiten la selva y el rio,
Se oculta en los bosques, y allá en el vacío
Se vuelve á quejar.

Yo entonces, levanto mis ojos al cielo
Y nadie comprende mi amargo dolor;
Tan solo mi madre, mi madre en su anhelo,
Pues ella imagina que sufro y que velo
Y lloro de amor.

Ayer, cuando lejos la tarde moria
Y el sol ocultaba sus trenzas de luz,
Muy triste y llorosa te ví, madre mia,
Y tú me mirabas, y yo sonreía
Mirándome tú.

La luna entretanto brilló en las esferas
Y en blancos fulgores tu lecho bañó;
Gimieron las auras, de amor mensajeras,
Y allá entre el silencio rodaron ligeras
Con lúgubre son.

Rendido á tus plantas, postrado de hinojos,
De lágrimas llena te ví respirar:
¿Por qué se inundaban de llanto tus ojos?
¡Si acaso las sombras te dieron enojos,
El sol volverá!

Mas ¡ay! que se abrieron los mares de Oriente,
El sol en sus puertas radiante brilló,
Y aun doblas rendida tu pálida frente,
Tu angustia en el mundo consuelo no siente,
¿Cuál es tu dolor?

II.

¡Pobre madre! con voz débil
Como un céfiro que espira,
Tu dulce pecho respira
Con fatigoso anhelar;
Abres inquieta tus ojos,
Que envuelve el llanto en su velo,
Y mucho miras al cielo....
¿Qué quieres en él buscar?

Otras veces, madre mia,
Sin lágrimas y sin pena,
Besé tu frente serena,
Donde brilla la virtud;
Mas hoy al tocar tus lábios
En mí ardiente desvarío,
Siento en tus lábios el frio
Del mármol de un ataud.

Tal vez recuerdas postrada
En tu lecho de dolores
Las puras vírgenes flores
De otra vida, de otro Eden;
Tal vez tu mente imagine,
Al ver la noche cercana,
Que tu existencia es hermana
De oscura noche tambien.

Al pié de tu triste lecho
Hoy de rodillas te miro;
Que sagrado es el retiro
Donde nuestra madre está!
Aquí es mas pura la brisa,
Que aromas blandos exhala,
Y el eco que aquí resbala
Hasta el cielo subirá.

Duerme, duerme, madre mia,
Que hasta que vuelva la aurora
El hijo que por tí llora
Está velando por tí;

Y acaso cuando despiertes,
Tierna, amante y sosegada,
Tu dulcísima mirada
Será toda para mí.

Estás durmiendo y no puedes
Contemplar mi desventura;
No adivinas la amargura
Del que se postra á tus piés;
No sabes que sufre y llora
Tus suspiros recogiendo;
Estás enferma y durmiendo,
Y mis desdichas no ves.

La luna desde su trono
Donde brilla las estrellas,
Despide ráfagas bellas
De tíbia y pálida luz;
Lejano el viento repite
Sordos ecos de agónía,
Y yo por tí, madre mia,
Pido al que murió en la Cruz.

Duerme, que al tender la aurora
De perlas el blanco velo,
Vendrá un céfiro del cielo
Tus lágrimas á enjugar;
Yo recogeré en tus lábíos
Dulce sonrisa de amores,
Y de tu salud las flores
Quizá vuelvan á brotar.

LA PRIMAVERA.

¿Quién eres, vírgen bella, que tras el blanco velo
De mis ensueños puros te siento resbalar?
Eres vision del alma, ó eres ángel del cielo,
A donde se dirige tu misterioso vuelo?
¿Quién pudo tus encantos magníficos crear?

Tu voz es la del aura que gime entre la fuente;
Tu aliento es el aroma del nardo en el jardin;
Tus lábios son las tintas del alba sonriente,
Y bajo el chal de flores que luces transparente,
La imágen se adivina de alado serafin.

Tus bucles son los rayos del sol de la mañana,
Tus lágrimas son perlas que envidian las del mar;
Dibujan tus mejillas la nieve con la grana,
Y escondes como un cielo tu frente soberana
Entre guirnalda bella de pálido azahar.

El mundo se engalana cuando en el mundo asomas;
Los valles son tu trono, los montes tu dosel;
Anuncian tu llegada tus hijos los aromas,
Y son tus mensageras blanquísimas palomas
Y alados ruiseñores en mágico tropel.

Sacudes en el aire tu blanda cabellera,
Y cuando alegre naces del verde Abril en pos,
El mundo te recibe, gallarda Primavera,
Cual risa de los ángeles, cual pura mensagera
Del refulgente mundo donde se ostenta Dios.

EL PIÈ DE ROSARIO.

I.

Ví unos ojos; y el placer
Que el alma al verlos sintió,
Me hizo esclamar, por deber;
Los ojos de esa mujer
Me atrevo á cantarlos yo.

Y sin pena y sin enojos,
Ante esa mujer de hinojos.
Hice versos á millares,
Y en mis humildes cantares
Vió las niñas de sus ojos.

Otra mujer seductora
Me enseñó el pié.... y ya se vé,
¡Ocurrencia tentadora!
Encontró mi musa *pié*,
A los *piés* de esa señora.

Apelé á la seguidilla,
Y en su metro fugitivo
Vió de su falda en la orilla
Jugar cual pluma sencilla
Aquel *pié* provocativo.

En ardiente devaneo
Colmaron mi corazon,
De unos ojos el mareo,
De unos lábios el deseo,
Y de un *pié* la tentacion.

II.

Rosario, flores mejores
No serán estas quizas;
Pero observa sus colores
Y encontrarás muchas flores
Distintas de las demás.

Y no te causen enojos,
Ni te produzcan agravios,
Ni recelos, ni sonrojos,
Que no hay ojos cual tus ojos
Ni lábios como tus lábios.

Que no hay palabra ideal,
Ni música, ni pincel
Que copie en dibujo igual,
De tus lábios el coral,
De tu mejilla el clavel.

Si el pié, en tu falda guardado,
Mis ojos no han tropezado,
La mente se lo presume,
Como el divino perfume
De una flor que hemos soñado.

Sí, que mi mente al volar
Cuando con el *mar* soñé
Con tu pié soñaba al par;
¿Quién sabe si era tu *pié*
Una perla de aquel *mar*?

El mar, con murmullo leve
Grabó en tu pié su aureola;
Te dió del cristal la nieve,
Lo travieso de la ola
Y de la concha lo breve.

Hoy de tu alfombra tejida
La pintoresca guirnalda,
Lo sostiene agradecida,
Como una perla escondida
En la concha de tu falda.

Rosario, flores mejores
No serán estas quizás,
Pero observa sus colores
Y encontrarás muchas flores
Distintas de las demás.

Y no te causen enojos
Ni te produzcan agravios,
Ni recelos, ni sonrojos,
Que no hay ojos cual tus ojos
Ni lábios como tus lábios.

MIS MENSAGERAS.

De mi amor las mensajeras
Son aves, flores y auras.

. . . .

En vano mis pobres ojos
Ciegos de tanto mirarla,
Le pintan el fuego ardiente
En que mi pecho se abrasa.
En vano doy á los vientos
Los suspiros de mi alma,
Para que al bien de mi vida
Los arrastren en sus alas.

En vano ablandan mis versos
Las puertas de su ventana,
Para mis ayes abiertas,
Para mi pecho cerradas.
Ella es cándida y hermosa
Como la ilusion soñada;
Es pura como los cielos
Donde las estrellas vagan.
Mas ¡ay! la niña sonrie,
Y mis desvelos no calma;
La niña no me comprende....
Y yo no puedo olvidarla.

. . . .

Aves, que sois de los bosques
La música regalada,
Venid, llevadle el secreto
Que ardiente mi pecho guarda.
Flores, que de aromas llenas
Tornais verjel su ventana;
Mostradle vuestro rocio
Y recordará mis lágrimas.
Y vosotras, auras puras,
Que besais su frente pálida,
Decidla mi pena, al menos,

Y mis recuerdos llevadla.

. . . .

Las mensajeras de amor
Son aves, flores y auras.

LA INOCENCIA.

Cándidas niñas, á quien siempre veo
Cruzar por mi memoria,
Tan puras cual las brisas de la gloria,
Tan vagas como el sueño del deseo!
Resbalen por el mar de la inocencia
Vuestras pupilas con risueña calma,
Y de esta historia la divina esencia
Perfumará la flor de vuestra alma.

. . . .

. . . .

Al nacer la blanca aurora
Que colora
Dulce mañana de Abril,
Va por los montes bajando,
Trás sus corderos cantando
La pastorcilla gentil.

El sol puro en el Oriente
De su frente
Lanza dorado raudal,
Y la gallarda pastora
Mira en la fuente sonora
Su imágen angelical.

La flor que oculta nacia
Se mecía
De los vientos al rumor,
Y la risueña zagala
Bebe el perfume que exhala
Su compañera, la flor.

Tíbia la niebla ondulante
Va flotante
Desvaneciendo su tul,
Y en las verdes alamedas
Se agitan las arboledas
Que besa el torrente azul.

Las auras vuelan suaves,
Y las aves
Levantan trinos de amor,
Y del monte por la falda
Busca florida guirnalda
Para su ninfa el pastor.

Son muy bellos los fulgores
De colores
Que vierte el alba al brotar;
Pero la vírgen pastora
Es mas bella que la aurora
Cuando refleja en el mar.

Miradla al pié de la fuente
Transparente,
Como reina del verjel;
Ved sus cabellos de oro
Que agita el viento sonoro
Cuando gime en el laurel.

Contemplad sus ojos bellos,
Y entre ellos
La luz pura del candor;
Mirad sus dulces sonrisas,
Y escuchad entre las brisas
Su triste canto de amor.

Flor oculta de los prados
Reclinados
En los altares de Abril,
Sin lágrimas y sin pena
Vive cual blanca azucena
La pastorcilla gentil.

Y al nacer la luz del día,
De alegría
Viste su pura ilusion,
Y crece cual una rosa,
Pues la inocencia reposa
En su virgen corazon.

No olvides, dulce lectora,
La vida de la pastora;
Vé de su inocencia en pos;
Que las niñas inocentes
Al cielo elevan sus frentes,
Y allí las bendice Dios.

LA VIRGEN DE LA FUENSANTA. (1)

Vírgen de la Fuensanta,
Sol peregrino,
Rosa de los rosales
Del paraiso,
Blanca azucena,
Aurora que ilumina
Toda la tierra:

Paloma de los cielos,
Flor de las flores,
Céfiro de la Gloria,
Sol de los soles;
Lago que guarda
Entre nardos y lirios
Olas en calma:

---

(1) Esta Vírgen se venera en una preciosa ermita, situada en los alrededores de Córdoba á la orilla del Guadalquivir. Los cordobeses la invocan en todas sus aflicciones.

Iris en la tormenta,
Perla en los mares,
Entre el mundo y el cielo
Vírgen y madre;
Cielo en el mundo,
Y en el mar de las penas
Puerto seguro:

Hoy á tu altar divino,
Vírgen bendita,
Vengo á pulsar las cuerdas
Del arpa mia.
Conmigo vienen
A celebrar tu nombre
Los cordobeses.

Asilo de la Vírgen,
Concha cerrada
En donde está la perla
De la Fuensanta;
Templo del valle,
Morada misteriosa
Que guarda un ángel:

Torre del santuario,
La que se encumbra
Entre el laurel de huertas
Que la circunda;
Torre clavada
Entre frutas y flores,
Juncos y palmas:

Isla santa en los mares
De los dolores,
Recinto que perfuman
Las oraciones;
Nave divina,
Arca de los milagros,
Preciosa ermita.

Alcázares, orgullo
De las ciudades,
Monumentos altivos,
Torres jigantes,
Montes azules
Que volais á esconderos
Entre las nubes;

Palacios y naciones,
Soberbia Tiro,
Colosal fortaleza,
Feudal castillo;
Glorias del arte,
Cúpulas atrevidas,
Templos brillantes;

¿Qué sois ante la iglesia
Blanca y humilde
Donde tiene su trono
La Santa Vírgen?
¿Qué régio alcázar
Igualará á la ermíta
De la *Fuensanta*?

A su alrededor los frescos
Cañaverales
Sombra dan á sus muros,
Música al aire;
Y allí en la noche
Suspiran escondidos
Los ruiseñores.

Roncas se precipitan
Dentro las huertas
De la crugiente noria
Las tardas ruedas;
Ruedas que bajan
Y que en búcaros frescos
Suben el agua.

Cerca del santuario
Resbala el rio,
Esclavo en la ribera,
Viejo cautivo;
Génio indomable,
Que por ver á la Vírgen
Rompió su cauce.

Sobre la abierta orilla
Lanzó sus ondas
Para ver, Vírgen mia,
Tu régia pompa;
Y al acercarse
Perfumó sus corrientes
En tus altares.

Mas allá de tu ermita
Nunca fué el agua;
Allí tu altar divino
La sugetaba,
Y fugitiva
Al reflejar tu imágen
Retrocedia.

Aun era yo muy niño
Cuando mi madre
Me hizo pisar las gradas
De tus altares,
Y de rodillas
Tu dulcísimo nombre
Me repetia.

Ni la miel que despiden
Rubios panales,
Miel que dan á la abeja
Los azahares;
Ni los aromas
Que en los jazmines liban
Las mariposas;

Ni miel, ni flor, ni esencia,
Nada es tan dulce
Cual pronunciar tu nombre
Que al cielo sube:
Nada se iguala
Al nombre de la Vírgen
De la ***Fuensanta.***

Cuando allá bajo el cielo
De estraña tierra
Miraba el campanario
De blanca aldea;
Cuando en la tarde
De algun cantar el eco
Poblaba el aire;

Cuando en otras riberas,
Solo y perdido,
Contemplaba las olas
De estraño rio
Besar tranquilas
Las solitarias gradas
De alguna ermita,

Siempre mi pensamiento
Volaba triste,
Y mis recuerdos eran
Para mi Vírgen;
Siempre mi alma
Volaba al santuario
De la *Fuensanta*.

Mas tarde, Vírgen mia,
Llamé á tu puerta,
Implorando el auxilio
De tu clemencia.
El mundo entonces
Era para mis ojos
Lóbrega noche. (1)

Hirieron mis pupilas
Nubes confusas,
Y entre la luz del mundo
Quedéme á oscuras.
Soñé despierto,
Caminaba entre nieblas,
Estaba ciego.

(1) Alude á una grave enfermedad á la vista que padeció el autor.

Al implorar tu auxilio,
Madre amorosa,
La noche de mis ojos
Tuvo su aurora;
Y vino el dia....
Y mis ojos se abríeron
Ante tu ermita.

Cuando á mis ojos muertos
Resucitaste,
Ojos ¡ay! me faltaban
Para mirarte;
Pues nadie puede
Despues de haberte visto
Dejar de verte.

Por tí miro la aurora
Pintar las flores;
Por tí la blanca luna
Bordar la noche;
Por tí la tierra,
Y el fervor de mi madre
Cuando te reza.

Canté á la mar muy lejos
De sus orillas,
Y por tí luego he visto
La mar bravia.
Mar que aunque inmensa
Es tan solo un reflejo
De tu grandeza.

Tu iluminas mis noches,
Pintas mis sueños,
Embelleces el mundo
De mis recuerdos,
Y hasta tu nombre
Es el *símbolo* puro
De mis *amores*.

Ella es la compañera
De mis pesares,
La huérfana que adora
Mi pecho amante;
Fuente del alma,
Que lleva el dulce nombre
De la *Fuensanta*.

Cuando al amor mis ojos,
Virgen, se abrieron,
Ante mí la pusiste
Como un lucero.
Me diste un ángel,
Y con tu propio nombre
Le coronaste.

Préstale á sus virtudes
Eterno escudo,
Y entre el pecado y ella
Levanta un muro.
Sé su esperanza
Al verla en tus altares
Arrodillada.

Hoy que mi frente inclino
Bajo tu sólio,
A los tuyos elevo
Mis tristes ojos.
Aquí me tienes
Como obeja perdida
Que al redil vuelve.

Abreme de tu ermita
Los manantiales,
En cuyas aguas dulces
Beben los ángeles.
Límpidas aguas
En el pozo del templo
Purificadas.

Fuente del Santuario,
Fuente escondida,
La que brota serena
Junto la ermita;
De tus raudales
Siempre tienen las almas
Sed insaciable.

Iris en la tormenta,
Sol peregrino,
Rosa de los rosales
Del paraiso.
Vírgen del alma!
Bendita sea la Vírgen
De la *Fuensanta*!!

LUCES Y SOMBRAS.

Hay música en la fuente rumorosa
Y estrépito en el mar que ronco suena;
Hay amor en la vírgen azucena
Y espinas hay en la inocente rosa.
Hay perlas en el alba esplendorosa;
Hay en la tumba lágrimas de pena,
Hay una vida de ilusiones llena
Al lado de una cruz y de una losa.
Dora el sol la mañana sin enojos,
Y del Ocaso en la desierta calma
Sombras habrán de ser sus rayos rojos.
Así de nuestro amor bajo la palma
Hay luces en la tarde de tus ojos
Y sombras en la noche de mi alma.

INDICE.

Páginas.

24